



Una chica de ensueño



TRACY JANE WARREN



Una chica de ensueño



TRACY JANE WARREN



©2ª Edición Diciembre 2017

©Copyright y edición de la obra: Tracy Jane Warren

Maquetación: Teresa Cabañas

©Todos los derechos reservados.

ISBN: 9781521127599

Prohibida su copia o distribución sin la autorización del autor.

Dedicado a todas las lectoras de novelas románticas;

Por soñar con historias de amor perfectas.

*Con hombres que aman sin barreras,
y por creer en el amor aun cuando este es esquivo.*

INDICE

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[EPÍLOGO](#)

[Nota de la autora](#)

CAPÍTULO 1

24 de Diciembre del 2016

Como era lógico en un día tan señalado, las calles del centro de la ciudad estaban saturadas de personas que se apresuraban a hacer sus últimas compras navideñas.

Para muchos de ellos era inevitable que el tiempo se le echara encima y acabaran recorriendo apresurados la ciudad, buscando ese regalo especial que casi nunca encontraban.

Ese era el caso de Michael, un joven y exitoso dentista procedente de una familia adinerada y con grandes influencias. Era por eso que para él, el problema no radicaba en el precio del regalo, sino en la falta de tiempo para comprarlo, y sobre todo, en su escasa imaginación y espontaneidad. Algo que su madre le recordaba en cada ocasión que podía y estaba consiguiendo que perdiera su paciencia.

Pero ese año Michael se había propuesto encontrarle el regalo perfecto, aunque no tuviera ni idea de que comprarle y solo le quedara una hora hasta que empezaran a cerrar las tiendas.

Decidido a poner fin a esta situación se encaminó a los grandes almacenes, con la intención de encontrar algo adecuado y marcharse cuanto antes a su tranquilo apartamento. En él tendría un momento de relax antes de que Katherine, su novia, le recogiera para asistir a una cena de gala en un club selecto de las afueras.

Un lugar donde se reuniría la gente más adinerada y elegante de la ciudad, con el propósito de dejarse ver y ser admirados por los demás. Por desgracia a él no le agradaban estas veladas, pero sabía que eran necesarias para su negocio y por ese motivo se resignaba a acudir.

Pero esa noche las estrellas parecían estar en su contra, pues no estaban dispuestas a que sus deseos se cumplieran, ya que las horas iban pasando sin

encontrar lo que con tanto empeño estaba buscando.

Algo que quedó muy claro cuando frente a los grandes almacenes, distinguió a un perro con un gran lazo rojo por collar que debía de estar perdido. El animal era pequeño y pertenecía a los llamados perros salchicha. Arrastraba una pequeña correa de color rojo y se notaba por sus temblores que estaba muy asustado.

No es que Michael sintiera una inclinación especial por los animales, y más si no eran suyos, pero ese en concreto le llamó la atención por la tristeza de sus ojos y por su desesperación. Se imaginó que algún niño lo estaría buscando y sintió pena por él.

Michael se había criado en una casa donde siempre había mascotas de todo tipo, pues su madre era una amante de los animales. De hecho, durante quince años, crio a un Yorkshire llamado Pipo al que mimó con más devoción que a su propio hijo.

Sin poder dejarlo en la calle se le acercó dispuesto a llevarlo al interior de los grandes almacenes, para que en objetos perdidos se ocuparan de él. Al menos en ese lugar estaría caliente y no tendría que temer por las pisadas o por que acabara atropellado por un coche.

—¡Hola pequeñín! —le susurró para calmarlo.

El perro se encogió como protegiéndose del desconocido que se le había acercado, y gimió temiendo que este le golpeará o le sacaría a patadas de ahí.

—Tranquilo bonito, no pasa nada —con paciencia logró ponerse frente a él y le extendió una mano para que la olfateara.

En pobre se había refugiado en una de las esquinas de las puertas de los almacenes, al sentirse más protegido. Sin tiempo que perder, y viendo que no había peligro de que lo mordiera, lo cogió en brazos y empezó a acariciarle por detrás de las orejas. Algo que recordaba que les encantaba.

—Eso es bonito. Ya estás a salvo.

No había pasado ni quince segundos desde que se irguió con el perro cuando vio a una mujer con lágrimas en los ojos que se le acercaba decidida. Sin una sola palabra y sin darle tiempo a reaccionar se le hecho a los brazos mientras daba rienda suelta a sus gemidos.

Michael no supo qué hacer ante esta situación. No estaba acostumbrado a lidiar con mujeres en pleno ataque de nervios y menos aún si era una completa desconocida. Para él era mucho más habitual lidiar con los reproches de su madre, una mujer con un fuerte temperamento, y con los caprichosos deseos de su novia Katherine.

En medio de la calle, con el perro en brazos llevando un gran lazo rojo y una mujer que no podía parar de llorar, Michael se sentía el centro de atención de todas las miradas.

No es que fuera incómodo sostener a esa desconocida, pues no pudo evitar rodearla con el brazo libre en un acto reflejo, sino que más bien sintió todo lo contrario.

—¡Gracias! ¡Muchas gracias! —la escuchó decir una vez que estuvo más calmada.

Entonces Michael consiguió salir de su aturdimiento, y por fin pudo pensar con claridad quien podía ser esa mujer. Se dio cuenta de que debía de ser la dueña del tembloroso animal, que lloraba desconsolada creyendo que lo había perdido.

Tuvo que ser ella la que, ya más calmada, se soltara de su cuello y cogiera al perro para abrazarlo con fuerza.

—¡Me has dado un susto de muerte! —le dijo a su mascota el cual no paraba de lamerla encantado.

Cuando la mujer alzó la cabeza para mirar a Michael, este se quedó asombrado al encontrarse con un pequeño duendecillo. O por lo menos así lo creyó él al contemplarla.

La mujer era menudita, un poco más baja que él y de apariencia común, aunque con algunos matices que la hacían resaltar. Llevaba su cabello del color del trigo en una melenita recordada por encima de los hombros, y con una coqueta boina de lana roja que le daba un aire bohemio francés. Sus labios carnosos llamaban la atención sobre todo porque estaban bajo una pequeña y graciosa nariz, y sus ojos tenían un algo especial que Michael no supo muy bien cómo identificar.

Podría decirse que era una muchacha bonita aunque no tuviera la

exuberancia que por ejemplo tenía Katherine. La cual era una mujer digna de una portada de modas.

—¡Gracias! —volvió a decirle sacando a Michael de sus pensamientos y regalándole después una preciosa sonrisa que transformó su rostro dándole luz.

—De nada —fue lo único capaz de decirle.

—Se me ha escapado en un descuido y no lograba encontrarla.

Michael vio que las lágrimas aun mojaban su cara y como hombre educado le ofreció su pañuelo.

La mujer pareció algo sorprendida al cogerlo y ensanchó su sonrisa convenciendo a Michael de que sin duda esta era lo que más sobresalía de su belleza. Aunque su gran bufanda roja, la cual daba una vuelta a su cuello y le caía por la espalda, también sobresalía bastante.

—La he visto tan asustada que me ha dado pena —señaló él sin saber muy bien el motivo, ya que estar delante de ella le ponía nervioso.

—Es usted un hombre maravilloso. No todo el mundo lo hubiera hecho.

—Bueno, —dijo algo incómodo— no crea que soy tan maravilloso.

—Le puedo asegurar que muy pocas personas se hubieran preocupado por un animal perdido, y más cuando todo el mundo tiene tanta prisa por comprar los regalos —comentó ella ya con la cara seca de lágrimas y portando su mejor sonrisa.

Michael se acordó de pronto de sus prisas por encontrar el regalo perfecto, y se sintió atrapado en esa situación. Después de lo que le acababa de decir no sería correcto marcharse sin más, pero tampoco podían permanecer por más tiempo en medio de la acera.

—¡Pero qué tonta soy! Seguro usted tiene mucha prisa —declaró ella.

—La verdad es que voy muy justo de tiempo —nada más decirlo se arrepintió de sus palabras.

No estaba seguro del porqué, pero le gustaba estar al lado de esa menudita mujer que no paraba de sonreírle. Durante unos segundos ambos se quedaron en silencio sin decir nada y sin moverse.

Era como si ninguno de los dos quisiera ser el primero en despedirse, y con ello acabar con esa sensación tan extraña que sentían.

—Tengo que marcharme. Me están esperando —dijo por fin ella rompiendo el embrujo.

Michael sintió una especie de opresión en el pecho al saber que alguien la esperaba, y se llamó estúpido por sentir algo así por una desconocida a la que nunca más volvería a ver. Él tenía su vida ya planificada, para disgusto de su madre, y en ella no aparecía una mujer que le hacía sentir cosas en su pecho que nunca antes había experimentado.

Se dijo que lo mejor era poner punto y final a ese encuentro, para poder seguir con su vida como si nada hubiera pasado. Una mujer capaz de hacerle revolver su interior con solo una sonrisa sería algo muy peligroso, al no saber cómo lidiar con ello.

Decidió que era mejor su relación sin altibajos y sin emociones fuertes, donde sabía lo que le esperaba durante largos años.

—Entonces la dejo y cuide bien de ese pequeñín —le pidió Michael mientras le acariciaba la cabecita al perro.

—Así lo haré. Y gracias por salvar a Sasha —le volvió a agradecer, y despidiéndose con la mirada, cada uno volvió a lo que estaba haciendo antes de que el destino hiciera que se conocieran.

Cuando Michael solo había dado unos pasos escuchó como la mujer le llamaba.

—¡Espere!

Se volvió y la vio de pie frente a él, con su preciosa sonrisa y la perrita en sus brazos.

—¡Feliz navidad! —señaló ella.

—¡Feliz navidad! —le contestó Michael devolviéndole la sonrisa.

Después, sin nada más que decirse, ella se volvió y comenzó a alejarse con paso decidido. Michael la observó hasta que la perdió de vista entre los transeúntes, sin importarle en ese momento que los grandes almacenes estuvieran a punto de cerrar.

Solo quería expresar hasta el último segundo de ese encuentro, que quedaría grabado en su recuerdo durante años como algo ilógico y fuera de su alcance.

CAPÍTULO 2

Media hora más tarde, y enfadado consigo mismo por no encontrar nada que mereciera la pena, Michael salía por las puertas de los grandes almacenes donde un papa Noel sonriente se aseguraba de que todos marcharan presurosos para poder cerrar cuanto antes.

No estaba muy seguro del motivo pero, nada más salir, miró a ambos lados de la calle buscando a la mujer del perrito. No es que quisiera volver a verla por un motivo en concreto, sino que no podía quitársela de la cabeza por su forma de ser tan impulsiva y por esa sensación que le hizo sentir en su interior. Sabía que la probabilidad de volver a cruzarse con ella era escasa, pero aun así no pudo evitar asegurarse de ello.

Un comportamiento completamente nuevo para él, al tener una mente racional que le impedían tener sensaciones parecidas a las que estaba sintiendo. No las había experimentado al conocer a Katherine, ni con ninguna otra mujer de su pasado, y no comprendía como esa desconocida le había causado un sentimiento tan fuerte en tan poco tiempo.

Se sintió tan aturdido al darse cuenta de ello, que decidió olvidarse del asunto y seguir con su búsqueda del regalo perfecto. Por lo menos así mantendría su mente ocupada y no pensaría en emociones que no entendía, ni estaba seguro de comprender.

Se estaba empezando a sentir desesperado por todas las cosas que se le acumulaban, ya que al día siguiente llegarían sus padres de sus minis vacaciones navideñas, y no tendría un regalo para su madre.

Menos mal que su padre se conformaba con la caja de puros cubanos que todos los años le regalaba, o de lo contrario hubiera tenido que enfrentarse con dos acusaciones de ser un hijo soso y sin gusto durante el resto del año.

Tratando de pensar donde podía dirigirse a esas horas para comprar algo que mereciera la pena Michael se acercó a donde, supuestamente, había

aparcado. El problema fue que encontró el sitio vacío y sin señal de que le había podido pasar a su coche.

Incrédulo se quedó pensativo, pues estaba convencido de que su BMW estaba ahí aparcado hacía ni media hora. No encontró una señal en la calle que le indicaran lo sucedido, por lo que empezó a imaginarse que se lo habrían robado y no le hacía ninguna gracia tener que perder su tiempo en el papeleo.

—¡Genial! ¿Qué más puede pasarme hoy?

Era la primera vez que le ocurría algo parecido y no estaba muy seguro de que era lo que tenía que hacer. Solo sabía que después de este revés ya no le quedaba tiempo para encontrar el regalo que buscaba, y mañana tendría otro día espantoso donde tendría que soportar las indirectas de su madre.

Cuál fue su sorpresa cuando vio una cara conocida sentada en un banco con un pequeño perrito encima con un gran lazo rojo. La sensación de alivio que sintió al verla le pilló por sorpresa, pues no esperaba que fuera tan grande. Al fin y al cabo era una completa desconocida que poco podía hacer por él, salvó animarle la vista al sonreírle.

De todas formas no se lo pensó dos veces y fue a su encuentro, con la esperanza de que al estar sentada justo enfrente de donde se encontraba aparcado su vehículo, pudiera haber visto algo.

Al empezar a caminar se percató de un detalle importante. La mujer seguía estando sola, algo que le agradó, pues eso significaba que la persona con la que había quedado aún no había llegado. Eso le daría unos minutos para poder hablar con ella, y quitarse esa sensación de pérdida que sintió al salir del centro comercial y no verla.

Notaba que su suerte estaba cambiando ya que la había vuelto a encontrar, y además podía ayudarlo a resolver uno de sus problemas. Que su corazón le latiera con fuerza no significó nada especial para él, como la estúpida sonrisa que se le formó en la cara sin poder remediarlo.

Conforme se fue acercando la escuchó hablándole al perro, y sonrió pues solo a una mujer como ella se le ocurriría sentarse en un banco al aire libre en una fría tarde de invierno. Con su boina roja y sus mejillas a juego, sus botas altas dándole un toque sofisticado, y su pose coqueto sentada en el banco,

resplandecía por la luz que emanaba de ella seduciéndote desde la distancia.

—No te preocupes, ya verás cómo te encontramos otra mamá, además esa familia tampoco me gustó con esos niños tan malos —le estaba diciendo al perro mientras este la miraba fijamente seducido por la dulzura de su voz.

—¡Hola! —Dijo él cuando se colocó frente a ella.

—¡Hola!

Michael se dio cuenta de que ella ya no tenía su bonita sonrisa, sino que más bien parecía algo triste. Entonces cayó en la cuenta de que tal vez estuviera teniendo un mal día como él, o que estaba preocupada al estar esperando a alguien que no llegaba. Pensó que podría tratarse de un novio y esa idea no le gustó en absoluto, por lo que enseguida la desechó de su cabeza.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, no pasa nada, solo estaba tratando de tomar una decisión. Pero gracias por preocuparte —y entonces fue cuando su sonrisa volvió a aparecer en su rostro.

Michael asintió y sin querer hacer el encuentro más personal se centró en el asunto de su coche.

—¿Podría hacerte una pregunta?

—¡Claro! —Contestó ella acercando a la perrita a su lado.

—¡Verás! Tenía mi BMW aparcado justo delante de donde estamos —le señaló el lugar con su índice— y ha desaparecido. El caso es que me preguntaba si habrías visto algo.

—¿Un BMW negro?

—¡Sí! —Respondió esperanzado— ¿Has visto quién se lo ha llevado?

—He visto como una grúa municipal lo cargaba y se alejaba con él.

—¿Una grúa? —soltó incrédulo.

—Sí, la verdad es que no es la primera vez que lo hacen por esta zona. Creo que es porque esa parte del parking está reservada para los residentes.

—¡Pero no hay ninguna señal! —Se dio la vuelta para observar la calzada

y empezó a acercarse hasta donde había estado aparcado el coche.

Era algo impensable para él que hubiera sido tan descuidado. Sin duda ese día le tenía reservado muchas sorpresas, y no todas eran tan agradables como encontrar a ese pequeño duendecillo que le revolucionaba las pulsaciones cada vez que le sonreía.

La mujer cogió al perrito en brazos y le siguió en silencio. Ella tampoco esperaba encontrarlo de nuevo, y sintió la sensación de centenares de mariposas bailando en su estómago. No podía evitar mirarle sin perder detalle de cómo le quedaba su impresionante abrigo a medida, y esa actitud de hombre perdido le hacía sentir ganas de querer consolarlo.

Le había gustado hablar con él y como la miraba cuando creía que ella no le veía. Sabía que era una mujer del montón aunque contaba a su favor con su sonrisa y sus ojos. Por no hablar de su don de gentes que con él quedaba en nada, ya que se ponía nerviosa y no conseguía pensar con coherencia.

Como sucedía en ese momento ya que, tras colocarse a su lado, solo se le ocurrió decir:

—¡Ves! —Señaló al suelo—. Las líneas están tan desgastadas que apenas se ven, pero es zona de residentes.

Michael se llevó las manos a la cabeza y se las pasó por su pelo negro. Él no paraba de maldecir por ser tan torpe y ella se recriminaba estar tan nerviosa que no podía pensar en algo inteligente. Pero lo peor es que estaba quedando como una listilla sabelotodo, que le señalaba los fallos que había tenido dejándolo como un tonto.

—¿Cómo pude ser tan estúpido de no verlo? —Se recriminó.

—Tranquilo, es normal que no te dieras cuenta —señaló ella al empezar a sentirse como él, una completa boba que no podía dejar de observarle y de pensar con claridad.

—Es el punto culminante para un día espantoso —Repuso enfadado consigo mismo por no haberse dado cuenta de donde aparcaba.

—Dímelo a mí —susurró ella y Michael se giró para observarla.

Se dio cuenta por primera vez de que tenía la nariz roja y tanto ella como

la perrita estaban templando de frío.

—¡Lo siento! No quería ser desconsiderado contigo. Seguro que te estoy entreteniendo.

Ella negó con la cabeza mientras metía a la perrita dentro de su abrigo para darle calor.

—La verdad es que tengo unas cuantas cosas que hacer antes de la cena, pero aún me queda media hora libre. Si quieres puedo llevarte hasta el depósito para ver si todavía sigue abierto. Al ser nochebuena lo más seguro es que cierren pronto.

No entendía muy bien porque se había ofrecido a ayudarlo, pero no quería pensar en ello en ese momento. Solo sabía que a su lado se sentía a gusto, aunque no pudiera dejar de temblar, y no quería dejarlo tirado en la calle en plena nochebuena. No estaba en su naturaleza no ayudar a quien lo necesitara, y menos si este era un individuo tan atractivo como él.

Se notaba que era un hombre elegante y bien educado por su forma de hablar y eso le hizo tomarle más confianza. No es que los psicópatas no pudieran vestir con trajes a medida y abrigos caros, pero algo en él le daba seguridad y le decía que estaba a salvo.

—¿Harías eso por un desconocido? —No podía creerse que esa mujer confiara tanto en él.

—Eso es algo que se puede remediar —Y sin más le ofreció su mano y una gran sonrisa— Soy Maggie Dreams.

Michael se le quedó mirando durante unos segundos, pues conseguía sorprenderlo cada vez que la veía. Primero con aquel dulce abrazo, y ahora con su absoluta confianza en él. Sin lugar a dudas su duendecillo era alguien muy especial.

—Michael Foster —se presentó juntando sus manos mientras se miraban.

Michael cayó en la cuenta mientras la contemplaba que aunque esa mujer no era tan glamurosa como su novia Katherine, tenía un aura misteriosa que le daba cierto encanto que atraía.

Su belleza era más sutil y delicada, consiguiendo que te fueras fijando en

ella a través de pequeños detalles que la hacían diferente. Pero sin lugar a dudas lo que más llamaba la atención, era su franqueza y la sensación de que poco a poco conseguía que te sintieras cómodo junto a ella.

—Un nombre muy bonito —señaló Michael sin saber muy bien porque lo había dicho.

—¡Gracias! —Le contestó algo colorada por la vergüenza, acentuando con ello su atractivo— Será mejor que nos marchemos antes de que lleguemos tarde y lo encontremos cerrado.

Michael no pudo evitar sonreír al descubrir que para Maggie no le era indiferente. Se dio cuenta por la forma en que lo observaba sin atreverse a mantenerle la mirada por mucho tiempo, y en cómo se notaba su nerviosismo. Esto último lo percibió al no saber qué hacer con sus manos, optando por mantenerlas ocupadas acariciando la cabecita de la perra.

—Tengo el coche aparcado muy cerca de aquí —indicó ella y empezó a andar despacio.

Michael la siguió colocándose a su lado, sin poder evitar mirarla cuando creía que no se daba cuenta. Estar cerca de ella empezaba a no incomodarle, ni a hacerle sentirse extraño, era más bien una sensación como de estar en casa con alguien que conocías de toda la vida. Algo que nunca antes le había pasado con otra persona, y mucho menos con mujeres y de una manera tan rápida.

—Espero no causarte problemas al ayudarme. No quiero que llegues tarde y te metas en líos por mi culpa.

Aunque Michael se había fijado que no llevaba anillo de casada, no podía olvidar que quizás tuviera novio, y por ello intentó averiguarlo de la forma más discreta que se le ocurrió. Aunque dentro de él sonara una vocecita que le indicaba que eso no era asunto suyo, ya que el mismo tenía a Katherine.

—Bueno, tengo que estar en el geriátrico dentro de media hora.

Michael pensó en las posibilidades de que su novio fuera un anciano que la triplicara en edad, y sonrió al darse cuenta de que estas eran nulas. No es que significara que no tuviera novio, pero era un comienzo.

—¿No eres un poco joven para ir al geriátrico? —Le preguntó sintiéndose

contento por estar hablando con ella de una forma tan desenfadada.

Maggie se rio con ganas contagiándolo y consiguiendo que se relajara un poco más, empezando a sentirse realmente a gusto. Parecía que cada vez le era más fácil pensar teniéndole cerca, y podía volver a ser ella misma y no ese amasijo de nervios que no atinaba a reaccionar con claridad.

—Eres muy gracioso. No me diste esa impresión cuando te vi por primera vez —justo después de decirlo deseó haberse callado, pues estaba segura que él le preguntaría por ello.

Maggie había acertado al creerlo, pues Michael en el acto quiso saber que había pensado de él en su primer encuentro. Por eso no pudo evitar preguntarle:

—¿Qué impresión te di?

Ella cayó por un momento para después parar de caminar y mirarle.

—Me pareciste un hombre serio y estresado que se sentía algo perdido.

Su sinceridad y el haber captado tan bien como se sentía le sorprendieron, pues era una desconocida que no sabía nada de él. Por eso se quedó en silencio contemplándola mientras se preguntaba si sería tan transparente para las demás personas que conocía, aunque estas nunca le habían dicho nada.

Ella malinterpretó su mutismo y la forma directa con que la miraba y se arrepintió de ser tan impulsiva.

—¡Lo siento! No quería molestarte con mi comentario. Mi abuela me dice que debo aprender a pensar antes lo que digo para no meterme en problemas —le comentó apartando la mirada avergonzada.

—Maggie, no me has molestado —confesó él sonriendo— Solo me ha sorprendido que en pocos minutos me captaras tan bien. De hecho hay personas que me conocen desde hace años y no estoy muy seguro de que se hayan dado cuenta de ello tan bien como tú.

Nada más decirlo le vino la imagen de su novia Katherine a la cabeza. Ella desde luego no era muy observadora, y no mostraba esa capacidad para captar lo que él escondía en su interior, o por lo menos nunca lo había demostrado.

Ella pareció volver a relajarse y empezó a caminar de nuevo.

—¿Es a tu abuela a quien debes recoger? —Le preguntó para cambiar de tema, y funcionó, ya que la cara de ella se volvió a iluminar.

—Sí, la llevo por las tardes para que no esté sola mientras trabajo y así pueda ver a sus amigas.

Michael asintió intentando averiguar cómo saber más cosas de ella.

Tratando de ser lo más disimulado que pudo se la quedó mirando y pudo comprobar que vestía con cierta elegancia. Era evidente que su ropa no era de marca, pero no podía decirse que fuera barata. Vestía con elegancia y sencillez, pero con una pincelada de color que le daba originalidad y gracia en su conjunto. Un aire alegre que le sentaba bien e indicaban que era una mujer con un sentido desenfadado de la vida.

Sobra decir que Michael se le quedó mirando los dedos para detectar algún posible anillo de compromiso, el cual, para su alivio, no encontró.

—Ya hemos llegado —informó ella parándose frente a un pequeño monovolumen rojo— Este es Silver.

Michael se quedó mirando al coche sin entender a quien se refería con el nombre de Silver. Maggie debió de darse cuenta de su desconcierto ya que sonrió y señalando al coche le dijo:

—Silver es mi coche.

—¿Le has puesto un nombre a tu coche?

Maggie asintió divertida y trató de gastarle una broma. Ese hombre le hacía sentirse nerviosa, pero se estaba dando cuenta de que le gustaba su compañía y su conversación. Además era tan alto, rubio y guapo, que a cualquier mujer le hubiera costado mantener sus piernas sin temblar teniéndole cerca.

—¿El tuyo no tiene nombre? —Él negó con la cabeza— ¿Entonces como acude cuando lo llamas?

Maggie no pudo aguantar por mucho más tiempo y terminó riéndose, sobre todo cuando Michael se dio cuenta de que se estaba metiendo con él.

—Me parece señorita Dreams, que detrás de esa sonrisa vergonzosa hay

todo un diablillo.

La reacción de Maggie al escucharle fue ponerse más colorada que un tomate, y sintió unos inmensos deseos de agachar la cabeza para no mirar en sus profundos ojos azules.

Pero no estaba dispuesta a concederle esa victoria, y haciendo acopio de valor, le mantuvo la mirada y siguió sonriendo. Algo que a él pareció encantarle.

«Qué lástima que ya tenga a Katherine, porque me hubiera encantado conocerla mejor» Pensó Michael mientras no podía dejar de mirarla.

El gemido lastimero de Sasha les hizo volver a la realidad, y ambos trataron de olvidar que se habían sentido conectados. Fue cosa de unos breves segundos, pero la sensación fue la más intensa que habían tenido hasta ahora.

—Voy a dejar a Sasha en el asiento trasero —le indicó ella y apartaron las miradas.

Sin nada más que decirse subieron al coche y desearon haberse conocido en otras circunstancias. Quizás en un día donde las prisas no hicieran que tuvieran que despedirse tan pronto, y donde pudieran haber hablado durante horas de cualquier tema con el fin de conocerse.

Michael lamentaba sobre todo no haberla conocido hacía unos años, cuando él aún era libre al no estar con Katherine, y tenía la posibilidad de conocerla de una forma más profunda sin sentir que estaba traicionando a su novia.

Con este pensamiento se alejaron del centro rumbo al depósito municipal, y a una despedida que a ninguno de los dos le apetecía. Era evidente que venían de mundos diferentes, con vidas y formas de pensar distintas, pero estando juntos habían experimentado la sensación más electrizante que nunca antes habían sentido.

Un hecho que podía significar algo o que simplemente quedaría en el olvido.

CAPÍTULO 3

—¿Qué hacías sentada en el banco?

Le preguntó Michael cuando se pusieron en camino. La verdad es que no podía quitarse de la cabeza que hacía Maggie a esas horas y con ese frío en la calle. Tenía la sensación de que se debía a algo que la preocupaba y, aunque ya tenía demasiados problemas, quería saberlo por si podía ayudarla.

—Estaba pensando que iba a hacer con Sasha. Tenía que llevarla a un sitio para que la adoptaran, pero no me dieron una buena impresión y no pude dejarla con ellos. Así que se supone que tengo que devolverla a la perrera antes de que cierre, pero no puedo hacerlo —se notaba la pena en su voz.

—¿No es tu perra? —le preguntó sorprendido ya que le mostraba tanto cariño al animal que había pensado que era suya.

—No, y ojalá pudiera quedármela, pero mi casero me tiene muy vigilada y no puedo adoptarla.

Durante unos minutos se mantuvieron en silencio mientras en la radio sonaba una canción que ninguno de los dos escuchó, pues ambos estaban demasiado pendientes del otro y de lo que su cuerpo sentía al estar tan cerca en un espacio tan reducido.

—Soy voluntaria en la perrera y esta tarde debía llevar a Sasha a una familia que quería adoptarla. Pero el lugar era horrible y no pude dejarla ahí. La querían como juguete para sus hijos y Sasha no hubiera encajado bien.

—¿Entonces qué vas a hacer con ella? —Quiso saber Michael ya que esa perrita le resultaba simpática.

—No lo sé —contestó desanimada— Pero no puedo devolverla a la perrera.

—¿Tan malo es? —Se interesó Michael ya que nunca la había visto.

—La mayoría de los perros están bien ahí, pero de vez en cuando llegan algunos animales que han sufrido algún tipo de maltrato y no consiguen

adaptarse.

—¿Eso es lo que le pasa a Sasha?

—Sí. Ahora está mucho mejor pero cuando llego estaba medio muerta y no paraba de temblar de miedo. Nos costó mucho aplacarla y hacer que volviera a confiar en las personas.

Michael asintió reconociendo que tenía mucho mérito preocuparse por unos animales que nadie quería. Por desgracia sabía que había muchos de ellos vagando por las calles por culpa de dueños sin escrúpulos. Fue entonces cuando se dio cuenta de algo importante.

Maggie tenía que encontrarle un buen hogar a Sasha antes de esta noche y él tenía que conseguir un regalo original que le gustara a su madre. Conociendo la afición de ella a los animales y más a los perros, y acordándose de que echaba de menos a su pequeño Yorkshire, no resultaba difícil resolver el problema.

—¡Tengo el hogar perfecto para Sasha! —Exclamó satisfecho.

Maggie le miró de rabillo de ojos mientras conducía su pequeño Silver.

—¿Lo dices en serio?! —Le dijo esperanzada sin poder evitar volver a sonreír.

Michael asintió feliz al verla tan ilusionada.

—Estaba buscando un regalo especial para mi madre pero no he podido encontrarle nada apropiado, y he pensado que Sasha sería la solución perfecta.

Maggie se quedó pensativa por un momento y después le dijo:

—Michael no sé qué decirte. Sasha necesita una familia que la mime mucho y entienda de animales.

—Te garantizo que Sasha no encontrará una dueña mejor que mi madre. Ella pasa mucho tiempo sola y hace más de un año se murió su perro Pipo. Le tenía mucho cariño y en más de una ocasión nos ha dicho que le echaba de menos. Estoy convencido de que recibirá con los brazos abiertos a Sasha y en seguida se cogerán cariño.

—¿Estás seguro?

—Completamente. Mi madre es una mujer un poco quisquillosa, pero también muy cariñosa y amable —y mirándola con una sonrisa pícaro continuó diciéndole—. Aunque si repites delante de ella lo que acabo de decirte lo negaré.

Ambos sonrieron y se notó que se habían acercado un poco más.

—¡Está bien, confió en ti! —Señaló ella.

No estaba seguro de por qué sucedió, pero al escucharla decir que confiaba en él su pecho se hinchó orgulloso. Era la primera persona que le decía algo parecido y oírlo salir de sus labios le hizo sentirse especial. Comprendió que para él fue importante complacerla como también le causó felicidad poder ayudarla. Pero sobre todo le encantó aparecer ante sus ojos como un caballero de brillante armadura dispuesto a ayudarla.

Maggie era sin lugar a dudas una mujer extraordinaria con el corazón más grande que jamás había conocido. Su forma de cuidar de Sasha, de sonreírle aun estando preocupada, de ayudarlo cuando ella misma necesitaba ayuda, de ser tan cautivadora, impulsiva y sincera, en un mundo peligroso donde la confianza es muy peligrosa, decía mucho de ella.

De pronto le vino a la cabeza la imagen de su novia Katherine, y no tuvo que hacer muchos esfuerzos para saber qué habría hecho ella. Sin lugar a dudas ni se hubiera planteado acompañarlo, y más si ella no sacaba ningún provecho de ello. Algo que también secundaría el noventa por ciento de la población, pues es difícil encontrar en estos días a alguien que te diera la mano sin conseguir un beneficio a cambio.

—¡Gracias! Me alegro de que confíes en mí —se notó la emoción en su voz cuando Michael le contestó.

Ambos quedaron en silencio sin saber cómo continuar la conversación ya que estaba tomando un calibre demasiado personal. De pronto Michael sintió la necesidad de quitarle tensión al ambiente y soltó lo primero que se le vino a la cabeza.

—Me muero de ganas de ver la cara de mi madre cuando la vea. Seguro que se espera cualquier cosa menos a Sasha.

—A mí también me gustaría ver su cara. Me encanta ver la cara de

felicidad de la gente cuando recibe un regalo.

—Bueno, no siempre ponen cara de felicidad cuando descubren lo que es —repuso él recordando las anteriores navidades cuando su madre descubrió que le había regalado otro perfume, o cuando Katherine se daba cuenta de que se había equivocado al elegir una cosa distinta a la que ella quería.

—Pero eso apenas sucede. Todo el mundo sabe que lo importante no es el regalo sino el detalle —repuso convencida asombrando a Michael.

—Piensas eso porque no conoces a ciertas personas —farfallo él bajito.

—¡Ya hemos llegado! —soltó feliz Maggie, dando una muestra evidente de su actitud alegre y desenfadada.

Daba la sensación de que nada en el mundo la perturbaba y de que conseguía ser feliz con pequeñas cosas. Una actitud maravillosa que él nunca antes había conocido.

—Gracias por ayudarme Maggie —declaró Michael mirándola a los ojos y diciéndoselo de todo corazón.

Conocerla había sido todo un privilegio que tardaría en olvidar, pues una persona como ella rara vez se encontraba.

—Tranquilo, a cambio te pediré que me dones un riñón

Michael se echó a reír hasta que se dio cuenta de que ella le estaba mirando muy seria a los ojos. Por un segundo él se quedó sin palabras pensando que a lo mejor no era una mujer tan desinteresada como pensaba.

—¿Lo has dicho en guasa, verdad? —Le preguntó con los ojos como platos y asustado por su riñón.

La explosión de risa de Maggie le hizo comprender que había sido una broma y que él había caído como un tonto. Suspiró aliviado y negando con la cabeza tuvo que reconocer que por unos segundos le había engañado.

—¡Eres una bruja! ¡No sabes el susto que me has dado! —manifestó aun sonriendo.

—Ya me he dado cuenta por tú cara —soltó ella aun muerta de risa.

Michael no quería salir del coche ya que sabía que era posible que no

volviera a entrar más en él, por eso se tomó su tiempo mientras observaba el depósito de coches.

El lugar parecía desierto y no sabía si se alegraba de ello o no. En realidad debería de estar furioso por la posibilidad de quedarse sin coche hasta el día veintiséis, pero en esos momentos eso era lo que menos le interesaba.

—Será mejor que me acerque a ver si sigue abierto —declaró sintiendo sus palabras como una condena.

Maggie asintió despacio con su sonrisa ya extinguida. Estaba claro que a ninguno de los dos le entusiasmaba la idea de separarse y hacían todo lo posible por retrasar la despedida.

—Te esperaré aquí por si lo encuentras cerrado —repuso ella consiguiendo que Michael le sonriera.

—¡Gracias!

Sin más remedio que seguir avanzando, Michael salió del coche y se dirigió hacia la puerta. Vio que había un timbre a un lado y llamó sin esperar que le contestaran, ya que del interior de la nave no se escuchaba ningún sonido.

Estuvo esperando un par de minutos tras llamar varias veces pero no recibió a cambio ninguna respuesta. Decidido empezó a mirar por los alrededores, por si hubiera una puerta trasera o por si podía ver a un guardia y preguntarle por su vehículo.

Se dio cuenta de que Maggie salía de su coche y se le acercaba resguardándose del frío, y le entraron ganas de abrazarla para conseguir que entrara en calor.

—¿No hay nadie? —Le preguntó cuándo llegó a su lado.

—Parece que no —le contestó sin más.

—Siento no haber llegado a tiempo —le dijo ella mientras se frotaba las manos para entrar en calor.

—No digas eso Maggie. Si no llega a ser por ti todavía estaría en esa calle buscando mi coche como un tonto.

Darse cuenta de que ella se tomaba muy en serio ayudarle le conmovió, y

sintió una especie de ternura por esa mujer de cabellos de oro y de ojos de un verde esmeralda. No sabía muy bien el porqué, pero tenía la sensación de que cada vez que la miraba descubría algo nuevo en ella que le cautivaba.

Sin pensarlo dos veces le cogió las manos y empezó a calentárselas con las suyas. Sentía como a ella se le aceleraba la respiración y como su mirada estaba fija en sus manos unidas.

Si hubiera sido otra persona, en otra circunstancia, y sobre todo, si no estuviera comprometido con otra mujer, Michael no hubiera desaprovechado la oportunidad que le brindaba la oscuridad y el silencio que les rodeaban para besarla.

Por desgracia no podía darle esperanzas a Maggie, por mucho que él lo deseara, y besarla sería dar un paso para cuyas consecuencias no estaba preparado.

—Estás helada, deberías entrar en el coche —le susurró con suavidad.

Maggie solo pudo asentir y desear con todas sus fuerzas que ese hombre dejara de ser tan caballeroso y la besara de una vez. Llevaba deseándolo desde que lo había mirado por primera vez a los ojos, pero sobre todo, desde que sintió como su corazón se le aceleraba al tocarla. Fue una sensación maravillosa sentir sus manos acariciando las suyas, y se preguntó cómo sería un beso suyo si solo con su tacto conseguía estremecerla.

—Estoy bien. —Le dijo decidida a no renunciar a sus caricias— ¿Qué vas a hacer ahora? —Por fin se atrevió a decir la pregunta que ambos temían escuchar.

Michael pensó en sus posibilidades. Por un lado podía llamar a un taxi y despedirse ahí mismo de Maggie. O podía seguir a su lado inventando alguna excusa para que fuera ella quien lo acompañara a su casa. Esta última idea le agradó mucho más, aunque le hizo sentir como un auténtico canalla.

Si decidía hacer las cosas bien y ser responsable con su condición de hombre comprometido, debería despedirse de ella y coger el taxi para olvidarse de esa estúpida ilusión de pertenencia que sentía por ella.

Por otro lado, si tomaba la decisión impulsiva e irracional de quedarse junto a Maggie, tendría la posibilidad de conocerla mejor y de pasar un

tiempo inolvidable con ella.

A su mente le vino las regañinas de su madre avisándole que si no hacía algo, y seguía con esa insípida vida, algún día se arrepentiría, y decidió que esta sería una buena oportunidad de probar a que sabía un poco de aventura.

Sabía que se arriesgaba a quedar enganchado de esa pequeña duendecilla que cada vez que le sonreía le hacía desear abrazarla, pero le fue imposible buscar una excusa para regresar a su apartamento, a la espera de que Katherine le recogiera para asistir a una cena que cada vez le apetecía menos.

—Debería coger un taxi pero... ¿Qué te parece si te acompaño a recoger a tu abuela? Es lo menos que puedo hacer para agradecer tu ayuda.

La cara de Maggie se iluminó como un cielo plagado de estrellas, y supo sin necesidad de escuchar una palabra que ella accedería a esta idea.

—Me parece maravilloso, aunque no quiero que te sientas en deuda conmigo. Al fin y al cabo somos amigos —esto último lo dijo bajito.

—Amigos —susurró él pensando lo que significaba ese apelativo.

Michael se quedó mirando cómo sus manos aun sujetaban las suyas y se dijo que él nunca catalogaría a una mujer así como amiga. Ya que le sería imposible mantenerse alejado de ella.

Alguien que le aceleraba el corazón con solo un roce, que conseguía hacerlo sentirse libre, feliz, y confiado, era mucho más que un simple amigo. Pero sabiendo que no podían ser de otra manera acepto que Maggie lo fuera durante el escaso tiempo que aún les quedaba por permanecer juntos.

—Entonces no se hable más, te acompaño al geriátrico y luego ya veremos lo que pasa.

Con un objetivo en mente y sabiendo que aún no se separarían, Michael y Maggie se dirigieron al coche donde una Sasha adormilada les estaba esperando.

—Me muero de ganas por conocer a tu abuela —declaró Michael mientras se ponía el cinturón de seguridad.

—Tengo que avisarte de que mi abuela es un tanto peculiar —le comunico ella mientras le miraba fijamente.

—¡Oh! —Soltó él entristecido— ¿Está enferma?

Maggie sonrió y negó con la cabeza.

—Mi abuela es más fuerte que una roca. De hecho pocas veces la he visto enferma. —Sin saber cómo hablarle de la forma de ser de su abuela, optó por contarle lo básico—. Digamos que es una mujer con una personalidad decidida, despierta y fuerte.

—Parece una persona maravillosa —comentó Michael más tranquilo. Por un momento se había temido que estaban a punto de recoger a una anciana desequilibrada.

Maggie no pudo evitar sonreír al escuchar decir algo así sobre su abuela. La verdad era que la quería muchísimo y todo el mundo que la conocía le cogía cariño en el acto, aunque al principio costaba un poco acostumbrarse a sus manías y a su forma de ser.

—Lo es, es una mujer maravillosa y seguro que le caerás muy bien.

Y sin más que decir, Michael, Maggie, Sasha, y Silver se pusieron en marcha en busca de la amable abuelita, que en ocasiones volvía locos a todos los que la rodeaban.

CAPÍTULO 4

No tardaron mucho en llegar al geriátrico, o como muchos preferían llamarlo residencia de ancianos. Durante el trayecto se mantuvieron en silencio mientras saboreaban la intimidad de estar los dos solos. Dejaron que la música fuera sus voces y expresara por ellos las emociones que experimentaban cuando se miraban, se rozaban, o cuando simplemente sabían que el otro estaba cerca.

—No tardaremos mucho así que dejaremos a Sasha aquí —dijo Maggie mientras salían del coche.

Michael asintió y se colocó a su lado para entrar juntos. Era la primera vez que visitaba un lugar como ese y no tenía ni idea de lo que se iba a encontrar. Aunque ese detalle no tenía importancia, ya que la hubiera acompañado a cualquier parte con tal de permanecer un poco más a su lado.

Darse cuenta de ello le perturbó, pues no estaba acostumbrado a ese comportamiento tan poco racional, y no entendía cómo podía sentirlo por una desconocida.

Unas amplias escaleras blancas daban paso a un edificio de ladrillo enorme, con unas puertas electrónicas que se abrían solas y eran la delicia de los niños cuando iban a visitar a sus abuelos.

El gran recibidor estaba libre de visitas al ser una hora muy avanzada y no tuvieron problemas para ser atendidos.

—¡Hola Carol! —Saludó Maggie a la recepcionista acercándose para abrazarla y darle un beso— Perdona que lleguemos tan justos.

—No pasa nada cariño. Sabes que contigo no hay ningún problema —le respondió cariñosamente.

Carol era una mujer de color de unos cuarenta años, el triple de ancha que Maggie, bajita y sonriente. Llevaba el pelo peinado con múltiples trencitas diminutas y recogidas con adornos rojos para apartar el cabello de su cara, pero colocado de tal forma que callera en cascada por su espalda. Vestía una

bata blanca con su nombre en un bolsillo y unos labios rojos que llamaban la atención sobre el resto de su rostro.

—¿Y este encanto quién es? —No perdió la oportunidad de preguntar.

Los ojos de Carol recorrieron el cuerpo de Michael sin disimulo e incluso se atrevió a relamerse y a sonreírle descaradamente.

—Él es Michael, un amigo —puntualizó para dejar claro su relación.

—¿Solo amigo? —insistió Carol incomodando con su escrutinio a Michael.

Maggie asintió y Carol se arremangó las mangas y se acercó más al mostrador colocando su enorme pecho sobre él y extendiendo sus brazos hacia un asustado Michael.

—Entonces ven aquí pequeño.

Michael miró a Maggie y vio que trataba de no reírse. Puede que para ella fuera gracioso que esa mujer quisiera exprimirle, pero a él no le hacía ninguna gracia. Aun así, para no parecer mal educado le extendió la mano para saludarla, ya que de ninguna manera iba a abrazar a esa desconocida.

—¡Que mono! —exclamó Carol cuando vio su reticencia.

En cuestión de segundos la mujer tiró de la mano de Michael hacia ella, consiguiendo que esta callera sobre su pecho, aprovechando para achucharle con ganas mientras él se reponía y se alejaba.

—Me encantan los hombres tímidos —le confesó guiñándole un ojo.

Maggie trataba de contener la risa, pues conocía a Carol desde hacía años y sabía que le estaba gastando una broma al ir acompañándola. Hacía años que los residentes, los celadores y los visitantes frecuentes formaban una pequeña familia al verse a diario, ya que compartían anécdotas de todo tipo.

—¿Mi abuela está dónde siempre?

—Si preciosa.

Con un asentimiento Maggie se despidió de Carol y ambos comenzaron a caminar hacia los ascensores, algo que Michael agradeció de todo corazón.

—¿Son todos igual por aquí? —le preguntó Michael en voz baja.

—No. Carol se estaba metiendo contigo al haberte presentado como un amigo —le respondió sonriéndole.

—Entonces diles que soy tú prometido. Así no se mostraran tan efusivas —comentó mientras entraban en el ascensor.

—Sería muchísimo peor —se rio ella.

—Debía haberme quedado en el coche con Sasha, ella ha sido más lista —señaló lastimero.

Maggie asintió y nada más abrirse las puertas le cogió de la mano y tiró de él para sacarlo del ascensor. Fue un acto impulsivo y sin ninguna intención que le puso el vello de punta a Michael. Se daba cuenta que ella no lo había tomado como una muestra de cariño o de posesión, sino como un simple gesto entre amigos.

Pero para Michael fue especial, ya que él lo sintió como algo más profundo. De hecho él nunca le había cogido de la mano a Katherine, porque ella decía que esas cosas solo lo hacían los adolescentes y por qué a él nunca se le ocurrió hacerlo. Algo que ahora veía poco ilógico en una relación que venía alargándose durante varios años.

Por el pasillo se cruzaron con varias cuidadoras y ancianos que nada más ver a Maggie se acercaban a saludarla con abrazos y besos cariñosos. Era como si conociera a todo el mundo en ese lugar, ya que los llamaba por sus nombres de pila, y cada uno de ellos la trataba como si fuera una más de su familia.

El cariño que les mostraba, su ternura y su sonrisa hacía que Michael sintiera cada vez más curiosidad por conocerla. Era una persona completamente diferente a las que él había tratado hasta el momento y se preguntaba cómo hubieran sido las cosas si se hubieran conocido varios años antes, cuando Michael no estaba con Katherine.

En pocos minutos ambos se vieron rodeados por ancianos que salían a averiguar a qué se debía ese revuelo, y nada más verla se unían a los saludos.

—¿Quién es este joven tan guapo?

—¿Es tu novio?

—¿En qué trabaja?

—¿Su abuelo es tan guapo como él?

El revuelo de Marujillas pilló por sorpresa a Michael, que no se esperaba un interrogatorio de tercer grado. La cantidad de ancianas, andadores, y sillas de ruedas era tan elevada que en cuestión de segundos los tuvieron rodeados y les era imposible seguir caminando.

Maggie no perdió la sonrisa y siguió saludando mientras intentaba contestar a todas sus preguntas. Pero a Michael le fue imposible serenarse al verse saturado de ancianas que querían estrujarlo y besuquearlo.

—¡Que majo, se parece a mi nieto! —Comentó una.

—¡Ya le gustaría a tu nieto parecerse a él! —Repuso otra.

—¡A mí me recuerda a Erol Flynn! —siguieron diciendo como si él no estuviera delante.

—Ese hombre con mayas estaba guapísimo —le contestó una anciana que intentaba hacerse hueco con el andador.

—¡Y este sin ellas! —soltó otra y todas rieron.

—¡Niñas, niñas, ser buenas que le estáis asustando! —las interrumpió una celadora que acababa de llegar.

—No se preocupen señoras, estoy encantado con este recibimiento —reveló Michael sin ser consciente de las consecuencias.

Fue entonces cuando una exclamación general sonó y todas las ancianas quisieron pellizcar los mofletes de Michael. Aunque alguna que otro prefirió pellizcar su trasero.

Michael viéndose rodeado y vencido miró a Maggie pidiendo auxilio, y esta tuvo que intervenir para salvarlo de besuqueos, achuchones y pellizcos.

—Lo lamento señoras pero tengo que llevármelo —les dijo Maggie cogiéndole de nuevo de la mano y tirando de él para colocarlo a su lado.

—¡Oh! ¡Con lo bien que lo estábamos pasando!

Michael viendo que se le abría la oportunidad de escapar no la desaprovechó, y se pegó a ella para protegerse.

—¡Feliz navidad a todas! —Las felicitó Maggie recibiendo a cambio sonrisas y más felicitaciones.

—¡Feliz navidad señoras! —proclamó Michael cuando se hubieron alejado un poco consiguiendo que volvieran a revolucionarse y tuvieran que acelerar el paso.

Por suerte en seguida consiguieron dejarlas atrás y sonrieron al darse cuenta de la situación que habían pasado.

—¡No había pasado tanto miedo en mi vida! —Declaró él consiguiendo que Maggie se riera a gusto.

—¡Pobrecillas! No suelen recibir muchas visitas.

—No me extraña, si las tratan a todas igual que a mí es lógico que nadie se atreva a venir —señaló empezando a sonreír— Me han dejado el trasero al rojo vivo con tantos pellizcos.

Maggie le dio un pequeño puñetazo en el brazo a modo de castigo por su impertinencia, consiguiendo que Michael riera con más ganas. Estar así con ella era tan fácil, tan cómodo y tan normal, que se sorprendió al sentir esa camaradería con una mujer a la que apenas conocía.

Ni si quiera se habían dado cuenta de que seguían cogidos de la mano, hasta que Michael tuvo que soltarla para abrir una puerta. No estaba seguro de cómo o cuando iba a terminar esa aventura, pero de lo que si estaba convencido era que le sería imposible olvidarla.

Nada más atravesar las puertas se encontraron en una especie de sala de ocio, donde algunos ancianos estaban entretenidos con juegos de mesa.

Pero lo que más le llamó la atención a Michael fue la conversación que pudo escuchar cuando se acercaron a una de las mesas que estaba más alejada.

Una dulce ancianita estaba jugando a lo que parecía ser el póker con otros dos ancianos, y por lo que oyó los estaba desplumando sin misericordia.

—¿Qué dices Douglas, vas con tu pastilla de las doce? —preguntó la dulce ancianita.

—No sé Betty, el médico me dijo que si volvía a saltármela me podría dar

otro ataque —al pobre anciano se le veía inseguro y sudoroso.

—¡Tonterías! ¿Qué sabrá ese medicucho de tus ataques?

—Es un especialista que me trajeron mis nietos —repuso orgulloso.

—¿Los mismos que quieren tú herencia? —le preguntó ella alzando una ceja consiguiendo que el hombre palidiera.

El pobre anciano se puso aún más pálido y comenzó a boquear como un pez al no encontrar una respuesta.

En ese momento llegaron junto a la mesa y Maggie no parecía estar muy contenta. Estaba fulminando con la mirada a la dulce ancianita que estaba desplumando a sus compañeros, y sin pensárselo dos veces puso sus brazos en jarras y con voz firme exclamó:

—¡Abuela! ¿No habrás vuelto a apostar con pastillas?

Fue entonces cuando Michael se dio cuenta de que la dulce ancianita de cabellos blancos, gafas a juego con sus ojos verdes, y de complexión delgada y bajita, era la abuela de Maggie. Y entonces supo a lo que esta se refería cuando le avisó de que era una mujer algo especial, por lo que no pudo hacer otra cosa más que sonreír.

—¡Hay hija que susto me has dado! Creía que nos habían vuelto a pillar los celadores —Soltó la anciana sin hacer caso a su nieta mientras revisaba su botín.

—Sabes que es peligroso...

—¡Ya, ya, ya! Lo sé y no estábamos haciendo nada de eso —la cortó.

Maggie se cruzó de brazos esperando una explicación consiguiendo que su abuela la mirara durante dos segundos hasta que sus ojos recayeron en Michael.

—¿Quién es este joven tan guapo?

—¡Abuela no cambies de tema!

—¡Y tú no seas mal educada y preséntamelo!

La abuela se levantó del asiento y Michael pudo ver que vestía unos pantalones rojos y un típico jersey de lana navideño adornado con renos y

bolitas de navidad. Algo que en cualquier otra persona hubiera sido excesivo y vejatorio, pero que la abuela llevaba con orgullo.

—Soy Betty, la abuela de esta muchacha mal educada que me está poniendo morritos —se presentó dándole la mano.

Michael tuvo que contenerse para no reír y encantado le cogió la mano y se la besó como antaño hacían los caballeros con las damas.

—Yo soy Michael Foster, un amigo de Maggie.

—¿Un amigo? —La cara de la anciana se iluminó apareciendo una sonrisa.

—No te inventes cosas abuela —le avisó Maggie pues conocía de sobra su forma de ser impulsiva.

—¡Solo he preguntado! —Repuso tratando de aparentar inocencia para después volver a mirar a Michael— Además, si eres un amigo de mi nieta, —señaló no muy convencida— te mereces un achuchón al ser el primero que viene a visitarme.

Y sin más le ofreció los abrazos abiertos para que Michael la envolviera, algo a lo que él no puso ninguna objeción pues le gustaba esa mujer.

—¡Abuela solo es un amigo! —Insistió Maggie azorada, ya que una cosa era que todas las ancianas de la residencia creyeran una cosa que no era, y otra muy distinta era que lo creyera su abuela.

—¡Ya! ¡Como tú digas! —Declaró para nada convencida de su afirmación.

Maggie miró a Michael para disculparse por el malentendido que se estaba generando, pero lo que encontró al observarlo era que estaba conteniendo la risa. Ver que se lo estaba tomando en broma la relajó un poco y pudo verle el lado simpático del asunto.

—Y dime Michael, ¿Desde cuándo conoces a mi nieta? —Le interrogó Betty mientras Maggie le colocaba el abrigo, para después agarrarse al brazo de Michael y guiarle a la salida.

—Desde hace un par de horas —contestó encantado con esa mujer.

—¡Vaya! ¡Eres rápido! ¡Así es como tienen que ser los hombres! —esto

último lo recalcó mientras miraba hacia atrás, donde su nieta los seguía avergonzada.

—Abuela ¿No vas a recoger tus pastillas? —Preguntó Maggie tratando de cambiar de tema.

—No son mías, Yo nunca apuesto mis pastillas —señaló sin más consiguiendo que Michael no pudiera aguantar por más tiempo y soltara una carcajada.

Los tres se encaminaron hacia los ascensores, aunque en esta ocasión apenas encontraron gente por el pasillo.

—Se están emperifollando para la cena —señaló Betty cuando notó que Michael se sorprendía al no encontrar a todas esas mujeres que los habían rodeado.

—Me alegró. No creo que hubiera soportado otro ataque.

Betty sonrió y le miró con ternura mientras seguía agarrada de su brazo.

—Debes tener cuidado hijo. Parecemos una panda de debiluchos, pero no debes fiarte de alguien que usa dentadura postiza y andador. Pueden convertirse en armas letales si sabes cómo usarlas.

Michael le sonrió y le dio un beso en la mejilla. La verdad es que le parecía una mujer enérgica, decidida y alegre que no se resignaba a ocupar un segundo lugar en el mundo y eso le pareció maravilloso.

Sé notaba que era una mujer que disfrutaba de los pequeños placeres de la vida, y sabía sacar el máximo partido de cuanto le rodeaba. Una mujer que no se había rendido ante las arrugas, las canas, y las debilidades que los años traen consigo, sino que había conseguido sacarles partido y saborear la sabiduría que arrastran tantas décadas de vivencias.

Michael se preguntó qué pasaría si algún día su madre y Betty se conocían, al ser ambas unas mujeres de armas tomar. La verdad es que sería interesante dejarlas suelta en la misma habitación y ver cuál de las dos sobrevivía. Aunque conociendo a su madre lo más seguro es que acabaran siendo amigas, y convenciéndola para que tomaran juntas un vermouth en el club de campo.

—Lo tendré en cuenta señora. Nada de meterse con ancianitas.

—¡Eso es! Y llámame Betty, al fin y al cabo somos de la familia — insinuó ella con la mejor de las sonrisas.

—¡Abuela! ¡Ya te he dicho que solamente somos amigos! —volvió a insistir Maggie la cual caminaba al lado de su abuela.

—¡Si hija! ¡Como tú digas! —Le volvió a responder aunque en realidad todos sabían que significaba “¡Eso está por ver!”.

—Y dime Michael, ¿En que trabajas?

—¡Abuela! —La amonestó Maggie pero solo consiguió un movimiento de mano para acallarla.

—Soy dentista —le contestó él divertido.

Ella hizo una mueca y soltó un chasquido con la boca.

—Demasiado tarde —Susurro.

Michael se la quedó mirando intrigado por ese comentario y no pudo evitar preguntarle a que se refería.

—¿Para qué?

—Joven, hace años que uso dentadura postiza, así que no me sirves de mucho. Pero si fueras cirujano plástico...

—Tampoco te serviría de mucho —acabó diciendo Maggie sonriendo feliz de meterse con su abuela.

—¡No seas impertinente niña! —La regañó aunque en la comisura de su boca se dejaba ver el comienzo de una sonrisa.

En ese momento llegaron a los ascensores, y Betty soltó a Michael para entrar la primera, seguida de Maggie y luego de Michael que se colocó al lado de esta. Nada más cerrarse las puertas del ascensor, sucedió algo que jamás este se hubiera imaginado, pues Betty se puso a cantar a pleno pulmón:

like a virgin,

touched for the very first time,

like a virgin

when your heart beats

next to mine

oooh, oooh,

Con los ojos como platos y una expresión de absoluto asombro Michael miró a Maggie, la cual estaba haciendo un esfuerzo sobre humano para no echarse a reír.

La abuela mientras tanto, ajena a la sorpresa de Michael, seguía cantando la famosa canción de Madonna dándoles la espalda, sin dejar de observar detenidamente las puertas del ascensor.

like a virgin

touched for the very first time...

Cuando por fin pudo contenerse Maggie se acercó a Michael y le susurró al oído.

—Le dan miedo los espacios cerrados.

Michael se giró para mirarla con una cara de no entender nada, por lo que Maggie trató de explicarse mejor.

—Hace tiempo la llevé a un psicólogo para que superara algunas de sus fobias, y este le aconsejó que cuando entrara en un sitio que le diera miedo se pusiera a cantar.

Michael asintió empezando a sonreír cuando la abuela empezó a cantar por tercera vez el estribillo de la canción de Madonna.

—¿Y porque esta canción? —quiso saber Michael.

Maggie se encogió de hombros y ambos tuvieron que esforzarse para disimular la risa cuando la abuela empezó a cantar el estribillo por cuarta vez. Sin poder contenerse por mucho más tiempo Maggie volvió a acercarse a Michael y continuó diciéndole:

—Aunque el psicólogo no dijo nada de qué la cantara gritando.

El ataque de risa de ambos hizo que la abuela se volviera para mirarles y perdiera el hilo de por dónde iba, por lo que tuvo que volver a empezar, consiguiendo que ellos se tuvieran que apoyar en la pared del ascensor para

poder mantenerse en pie.

Michael no recordaba haberse reído tanto en toda su vida y fue una autentica suerte que las puertas del ascensor se abrieran, porque no estaba seguro de haber resistido por mucho más tiempo mantenerse en pie.

Nada más atravesar las puertas del ascensor la abuela paró de cantar de golpe y siguió andando como si nada hubiera pasado, mientras Maggie y Michael trataban de recomponerse y seguirla.

—No creo que hubiera aguantado otro piso más. ¿Cómo puedes acostumbrarte a algo así? —le preguntó Michael que en ese momento no parecía un elegante ejecutivo con su buen traje y su abrigo de diseño.

—No lo sé, yo aún no lo he conseguido y eso que llevo años escuchándola.

Michael la observó y le pareció más bonita que nunca. Estaba acalorada por la risa, con su sonrisa permanente en la cara y unos ojos brillantes de felicidad que la hacían irresistible. Ni toda la elegancia, ni sofisticación de Katherine hubieran podido apagar el resplandor que en esos momentos emanaba de ella, por mucho que esta se hubiera esforzado por conseguirlo.

Maggie resplandecía con un destello tan cautivador y espectacular como el de las mismas estrellas, que cada noche con su luz iluminan el inmenso universo. Así de impresionante la encontró Michael cuando la miró a los ojos, y cuando ella le devolvió la mirada con el fulgor de sus ojos esmeralda.

—¡Carol! Cada día estás más guapa.

Escucharon decir a Betty a lo lejos, devolviéndoles a la realidad. Se habían quedado paralizados a las puertas de los ascensores sin darse cuenta de ello, y ahora ambos se sentían avergonzados por haber sido descubiertos en ese pequeño, pero a la vez gran desliz.

Era como si para ambos en ese peculiar instante se hubiera parado el mundo solo para ellos, y ahora no sabían cómo interpretar lo que habían sentido y lo que pudiera significar.

Sin querer pensar mucho en ello los dos comenzaron a caminar hacia la salida sin volver a atreverse a mirarse a los ojos.

—¿Has visto que novio más guapo se ha echado mí nieta? —siguió diciéndole Betty a Carol.

—Abuela ya te he dicho que no es mi novio —volvió a decirle Maggie sonrojándose un poco más, si es que eso era posible.

—Como tú digas niña —le contestó mientras le guiñaba un ojo a Carol y los señalaba con la cabeza.

Carol no pudo evitar reírse por la picardía de la anciana. La conocía desde hacía años y desde entonces no había habido un solo día que no la hiciera sonreír con alguna ocurrencia.

Con todo su cariño les dio las buenas noches y se dispuso a cerrar las puertas de la residencia. Pero no estaba dispuesta a desaprovechar la oportunidad de pasar un buen rato a su costa, y cuando ya estaban a punto de salir por las puertas eléctricas, le gritó a Maggie.

—Puedes traerte a tu amiguito cuando quieras.

Betty se echó a reír por la ocurrencia de Carol aunque a Maggie no le hizo ninguna gracia, y miró a Michael para pedirle disculpas. Pero este no se sentía molesto sino más bien divertido y Maggie se encontró una sonrisa que le hizo olvidar su vergüenza y todo lo que no fuera él.

Ya fuera del edificio el frío golpeó sus caras, y se dieron cuenta de que empezaba a formarse hielo en las esquinas y en algunas partes de la calzada.

—Abuela abrígate —le dijo Maggie mientras Betty bajaba con paso enérgico las escaleras.

—Niña, llevo treinta años acalorada por culpa de la menopausia. Lo que me viene de maravilla es un poco de aire fresco.

—Está bien pero ten cuidado al caminar —continuó diciéndole ya que sabía de ante mano que era imposible convencerla de que hiciera algo que ella no quisiera.

—La que debe tener cuidado eres tú con esos tacones. ¡Mira que ponerte algo así en un día como este! —le soltó consiguiendo que Maggie se callara al darse por vencida.

—¿Siempre es igual? —le preguntó Michael.

—¿A qué te refieres?

—¿Nunca te hace caso y te contesta con evasivas?

Maggie sonrió mientras no perdía de vista a su abuela, la cual iba decidida hacia Silver.

—Sí, pero no lo hace con malicia. Es solo que no le gusta sentirse una inútil y yo me preocupo mucho por ella. Así que solemos jugar a esto.

—¿Jugar?

—¡Ya sabes! Yo hago de pesada que va detrás de ella tratándola como una niña, mientras que ella hace todo lo posible por fingir que no me hace caso y trata de salirse con la suya.

Michael asintió notando un cariño muy especial por ambas mujeres. Por Maggie; por tener un corazón tan grande que les capaz de preocuparse por las personas que la rodean. Y por Betty; por ser una mujer que no se deja vencer y lucha cada día por ser una persona que sabe valerse por sí misma.

—Entiendo —fue lo único que dijo y bastó para que Maggie comprendiera que las admiraba por ello.

—Me siento junto a Sasha. Así os dejo más intimidad —la escucharon decir mientras se acercaban y no pudieron evitar volver a sonreír.

Otra aventura más había llegado a su fin, y ahora más que nunca Michael no quería que esta acabara. No podía dejar de pensar que el momento de la despedida se acercaba, y su mente no paraba de buscar excusas para seguir a su lado.

Cuando todos estuvieron sentados en el coche y llegó el momento de decidir qué hacer y donde ir, nadie se atrevió a abrir la boca, y el interior del coche permaneció en silencio.

—Si quieres puedo acercarte a tú casa o a algún otro lugar que te venga bien —apuntó Maggie esperando su respuesta.

—No quiero aprovecharme de ti —señaló él mirándola.

—No sería ninguna molestia.

—¿Estás segura?

—¡Por Dios! ¡Soy una anciana y no puedo perder el tiempo en tonterías! ¿Quieres poner el coche en marcha y llevar al muchacho a su casa de una vez? —Soltó la abuela indignada desde los asientos traseros mientras sostenía en su regazo a Sasha y le acariciaba la cabecita. Aunque si la mirabas a los ojos podía verse perfectamente que su enfado era fingido.

Michael y Maggie pegaron un respingo al escucharla, ya que se encontraban tan ensimismados el uno en el otro que habían olvidado que no estaban solos en el coche.

Tuvieron que apartar las miradas avergonzadas, sintiéndose como un par de adolescentes a los que habían pillado haciendo algo malo. Para ambos fue como viajar en el tiempo, pues apenas recordaban la última vez que habían sentido algo parecido.

Nada más poner el coche en marcha Betty volvió a sorprender a Michael, ya que volvió a cantar a pleno pulmón el Like a virgin de Madonna. Un hecho que le hizo olvidar todo rastro de vergüenza o incomodidad que anteriormente había sentido.

Sonriendo se volvió para mirar a Maggie y no pudo evitar preguntarle:

—¿También le tiene miedo a los coches?

—Solo cuando se ponen en marcha —le respondió ella risueña.

—Entonces debe de ser muy interesante viajar con ella —comentó él y los dos permanecieron unos instantes escuchándola en silencio.

No había pasado ni dos minutos cuando Maggie empezó a llevar el ritmo con las manos en el volante y tararear la canción.

Michael sonrió encantado de su buen humor ya que hacía que él también se sintiera contento. Y sin saber muy bien cómo había sucedido, a los pocos minutos Michael también empezó a tararearla y a llevar el ritmo con el pie.

Pero la cosa no acabó ahí, y cuando menos se lo esperaron, los tres estaban cantando a pleno pulmón mientras Michael le indicaba a Maggie el recorrido y las risas y los gorgoritos se fundieron en el interior de Silver.

Nunca, ni en el más alocado de sus sueños Michael hubiera podido imaginar acabar viviendo en ese día una aventura similar, donde las cosas

más sencillas nunca son lo que parecen, y donde las cosas más interesantes pueden aparecer en el lugar más inesperado.

CAPÍTULO 5

No tardaron mucho en llegar a la dirección que Michael le había indicado, ya que el tráfico estaba muy tranquilo a esas horas y se encontraba a poca distancia.

Aparcar fue un poco más complicado, al no querer ponerlo en doble fila, y tuvieron que alejarse un poco del bloque de elegantes pisos donde se alojaba Michael.

Maggie quería disponer de tiempo para agradecerle el detalle de quedarse con Sasha, y además sentía que no estaba preparada para decirle adiós. Por lo que perder unos valiosos minutos buscando una plaza libre no le pareció un alto precio a pagar, si a cambio lo tenía un ratito más a su lado.

Algo parecido estaba pasando por la mente de Michael mientras Maggie aparcaba, pues también sentía que estaba a punto de desaprovechar una oportunidad única. El problema era que, aunque no quería dejarla marchar, sabía que Maggie no tenía cabida en su vida mientras Katherine siguiera en ella. Un dilema que tenía que afrontar si quería seguir viendo a Maggie, pero que pondría patas arriba su mundo.

Nada más apagar el motor Betty dejó de cantar a pleno pulmón su canción insignia contra sus fobias, y Michael y Maggie la secundaron al sentir que parte de su alegría se había esfumado ante la evidente despedida.

El ambiente desenfadado que les había acompañado desapareció en un instante, y los cuatro ocupantes del vehículo se quedaron en silencio. Algo poco frecuente en Betty que no solía permanecer callada cuando tenía gente delante.

—¡Bueno! —susurró Michael consiguiendo un suspiró como respuesta por parte de Maggie.

Quince eternos segundos después Betty no aguantó más y tomó las riendas del asunto.

—Mientras decidís quien hace más el idiota, me voy a ver que son esas

luces —y sin más Betty salió del coche dejando a los dos perplejos.

—¡Abuela no puedes ir tu sola tan lejos! —repuso Maggie saliendo rápida del coche.

—¿Por qué no? Solo tengo que atravesar el parque. Además Sasha necesita ir al baño.

Y sin más comenzó a caminar en dirección a un edificio que se veía a lo lejos adornado con centenares de luces brillantes. La niebla que lo envolvía y las escasas personas que paseaban a su alrededor le daban la apariencia de un palacio, que se hallaba sumergido por el embrujo de las hadas del pequeño jardín que lo rodeaba.

El viento traía los sonidos de instrumentos musicales que tocaban una melodía romántica, y hacía que todo a su alrededor pareciera algo mágico.

—Es el casino. Por estas fechas cierran más tarde y ofrecen una cena especial a los socios más selectos —le explicó Michael mientras se colocaba a su lado.

—Eso lo explica todo —susurró Maggie mientras miraba fascinada al edificio.

—¿Qué quieres decir?

Maggie se volvió para mirarle al notar su presencia nada más acercarse a ella. No había hecho falta que dijera nada o hiciera algún ruido, pues desde que le cogió la mano en la residencia de ancianos, podía sentir su cercanía como una corriente eléctrica por su cuerpo.

—Las luces, la niebla, y la música, por un momento pensé que me lo estaba imaginando.

Michael sonrió y contempló el antiguo casino que cada día veía pero nunca se había parado a apreciarlo como se merecía. Ignoraba las veces que había pasado por ahí desde que encendieron las luces, y cómo era posible no haberse fijado antes en ellas.

Se preguntó cuántas cosas más se habría estado perdiendo por centrarse en el trabajo, y dejar que los demás le organizaran la vida. Desde su agenda a su forma de hacer las cosas, como también en lo referente a su cómoda

relación con Katherine. Se había acostumbrado a centrarse solo en lo que creía prioritario, dejando a un lado las cosas superficiales sin darse cuenta que estas eran las que le daban placer a la vida.

Por primera vez comprendió las palabras de su madre al decirle que se estaba perdiendo la felicidad, al negarse a ver toda la belleza que le ofrecía el mundo. Decidido a no dejar pasar esta oportunidad de disfrutar de algo superfluo, Michael se abrió a la posibilidad de hacer algo alocado y completamente impropio de él.

—¿Quieres que nos acerquemos? —le preguntó dispuesto a poner fin a su rutina.

—No creo que nos dejen entrar —le dijo ella mientras se miraba la ropa que llevaba y que no era lo suficientemente elegante como para acceder en un sitio tan refinado.

A Michael le pareció que iba preciosa y que podía eclipsar a cualquier mujer que estuviera a dentro con su exclusivo vestido de diseño. Aun así sabía que si entraban Maggie se sentiría incómoda y no disfrutaría con ello.

—No hace falta que entremos. Podemos acercarnos para verlo desde fuera —cogiéndola de la mano y tirando de ella no le dio la opción a negarse— Además tu abuela ya nos lleva unos metros de ventaja.

Maggie se fijó por primera vez en su abuela y en su graciosa estampa. A lo lejos se podía ver el espléndido palacio rodeado de miles de luces centelleantes, y a Betty con su abrigo de color morado que caminaba llevando al lado a un perro salchicha con un gran lazo rojo.

No pudo evitar sonreír y dejar de resistirse pues no podía negar que se moría de ganas por acercarse a mirarlo. Además debían impedir que Betty entrara en el exclusivo casino, si no quería que se formara un escándalo cuando se negara a marcharse. Algo que Maggie estaba segura que sucedería. Sin nada más por pensar, se pusieron en marcha.

Michael y Maggie caminaban despacio a unos cuantos metros de la anciana, que parecía encantada con su paseo bajo una temperatura invernal. Incluso Sasha parecía estar disfrutando llevándola de un lado a otro del camino del parque, para no dejar un pedacito de tierra sin oler.

—Me imagino que os estarán esperando en casa para la cena —le comentó Michael.

Se habían soltado de la mano al poco de ponerse a caminar, debido a la sensación de calor que empezaron a sentir subiendo por el cuerpo. Un estremecimiento que comenzó en el estómago para después extenderse hasta conseguir que su cabeza dejara de pensar con claridad.

—No. Solo estamos mi abuela y yo —Maggie notó que él la miraba extrañado y que se moría de ganas de saber más.

—Mi madre conoció a otro hombre tras quedarse viuda y se mudó con él al otro extremo del país. Me pidió que me marchara con ellos, pero no podía dejar sola a la abuela y abandonar mi hogar

Cayó durante unos instantes ya que esos recuerdos le causaban dolor.

—Mi madre y mi abuela nunca se llevaron bien. Betty siempre ha sido una mujer de carácter y nunca quiso que su hijo se casara con mi madre.

—Pero al final accedió o tú no estarías aquí —señaló Michael sonriendo para animarla.

—Mi madre se quedó embarazada y tuvieron que casarse —confesó con una sonrisa irónica— Mi abuela dice que tenerme fue la única cosa sensata que esa mujer hizo en su vida.

—¿Cómo se llama tú madre? —Le preguntó Michael al darse cuenta de que no lo había mencionado.

—Alice. Alice Norton desde hace doce años —se notaba el dolor en su voz— Ahora ella tiene a otra familia y parece feliz.

Michael se dio cuenta de que en ningún momento mencionó a su padre o cualquier cosa relacionada con él, como también era evidente que no le gustaba hablar de su madre. Era como si quisiera mantener a ambos a distancia y recordarlos le causara pena. Por lo que se recriminó entristecerla con esos recuerdos en un momento tan mágico.

—A sí que decidiste quedarte con tú abuela y cuidaros mutuamente —comentó Michael tratando de poner punto final a esa conversación.

La cara de Maggie volvió a iluminarse con una sonrisa y Michael respiró

aliviado al verla feliz de nuevo.

—Sí. Desde entonces somos las dos contra el mundo y nos ha ido muy bien —se quedó pensativa durante unos segundos y después continuó hablando— Es increíble cómo pasa el tiempo. Llevo años sin ir a ver a mi madre ni a mis dos hermanastros.

Maggie miró a Michael preguntándose porque le estaba contando todas esas intimidades a un desconocido, y sobre todo, sintiendo que no se notaba incómoda al hacerlo. Más bien tenía la necesidad de hablar de ellos con Michael, como si compartiendo los secretos que guardaba en su corazón estos pudieran volverse menos pesados.

Sabía de ante mano que él no la juzgaría por haber elegido quedarse con su abuela en vez de con su madre, e ir perdiendo poco a poco el contacto con una familia que no sentía como suya. Con ellos siempre se creyó como una extraña que mendigaba el cariño de ellos y que acogían por caridad. Una sensación que nunca le gustó y que resultaba difícil de explicar.

La verdad es que reconocía que una parte de ella se negaba a tener otro padre que no fuera el suyo, como también se negaba a tener otra familia que no fuera la que había tenido cuando su este vivía. Para ella resultaba muy duro ver a su madre en brazos de otro hombre y con una vida donde el pasado ya no era bien venido.

Por esos motivos había dejado de visitarlos, y por esos motivos ellos habían dejado de insistir en que los visitara.

—¿Y tú, te están esperando en casa? —le preguntó Maggie para tratar de despejar el nudo que se le había formado en el pecho.

Michael se tensó al escucharla, ya que sabía que el momento de hablarle de Katherine había llegado y no sabía cómo se lo tomaría. Callarse algo tan importante sería de cobardes y sinvergüenzas, y él no quería engañar a Maggie. Aunque una pequeña vocecita en su interior le decía que tenía que habérselo comentado antes, pues ahora podía parecer que se lo había ocultado adrede.

De todas formas no había pasado nada entre ellos que fuera reprochable, solo unas miradas, un apretón de manos y unos pensamientos que cada vez se volvían menos puros. Pero, ¿los pensamientos no contaban como pecados,

verdad?

Decidido a no engañarla, pues ella no se lo merecía, le habló con toda sinceridad.

—He quedado con mi novia Katherine para cenar juntos —dijo a quemarropa y se quedó mirándola para ver su reacción.

Maggie se quedó callada durante unos segundos pero no dio señales de que estuviera molesta, enfadada o desencantada con esta noticia o con él.

Sin embargo lo que Michael no vio en sus ojos, ya que Maggie tuvo la prudencia de no quedársele mirando, fue la desilusión al escuchar decirle que tenía novia y el reproche por haber pensado que toda esta aventura podría acabar en una bonita historia de amor.

Algo que en la vida real nunca sucedía, y menos a una mujer que vivía tan absorta en sus tareas cotidianas que no le daba tiempo a tener una vida normal, y a conocer a hombres que le hicieran vivir aventuras románticas.

—No quiero hacerte llegar tarde. Si tienes que irte... —el nudo que antes sintió en su estómago al recordar a su padre aumentó hasta hacerse gigantesco y se recriminó por ser tan estúpida.

Él no le había prometido nada y no había pasado nada entre ellos, todo había estado en su mente y tenía que apartar a Michael de esta si quería volver a respirar con normalidad.

—Aún es temprano —le contestó sin saber la hora que era pero sin querer que su encuentro acabara— Además yo también quiero ver cómo han decorado el casino.

Michael le sonrió pero para los dos fue evidente que algo se había estropeado entre ellos. Aunque para ellos.

—Maggie —dijo por primera vez su nombre y la agarró del brazo para detenerla a su lado— No estamos haciendo nada malo.

—Lo sé —le dijo ella mostrando una sonrisa que no le llegó a los ojos.

Michael suspiró decidió a ser sincero y exponer todo lo que le pasaba por su cabeza.

—No sé cómo decirte esto —suspiró—. No soy un hombre al que le guste

hablar de sentimientos y no tengo ni idea de cómo explicarte lo bien que estoy contigo, porque ni yo mismo me lo explico. Solo sé que estando a tu lado me siento a gusto y no deseo estar en otro lugar ni con otras personas.

Maggie le volvió a sonreír y esta vez su sonrisa sí apareció en su mirada iluminándola.

—No me siento como si estuviéramos haciendo algo malo o como si engañara a Katherine con otra mujer. No quiero que pienses que soy de esa clase de hombres que ponen los cuernos a su novia porque te aseguro que no lo soy.

—Tranquilo Michael. Solo somos unos desconocidos que se están ayudando en nochebuena. Además se te ve buen tipo y no creo que seas de los que engañan a su novia.

—¿Entonces amigos? —le preguntó ofreciéndole la mano.

—¡Amigos! —afirmó ella apretándosela.

—Pero no le digamos nada a la abuela —le murmuró Michael sonriendo — No quiero que me eche una regañina.

Ambos sonrieron y siguieron caminando aligerando el paso, ya que se estaban acercando y temían que Betty se colara.

Notaban una extraña sensación en el pecho que les hacía sentirse felices y ligeros como nunca antes lo habían experimentado. Habían aclarado lo que significaba el uno para el otro sin darse cuenta de que ambos se esforzaban por negar sus sentimientos. Algo que podía resultar peligroso en una noche donde los deseos y los anhelos se podían hacer realidad.

CAPÍTULO 6

Al acercarse al edificio parecía más majestuoso que de lejos, dándote ganas de perderse en la inmensa sala de fiestas que se veía tras los enormes ventanales.

Centenares de cristales caían de las dos lámparas centrales iluminando una sala donde las mesas se encontraban al fondo, dejando espacio para la pista de baile y la orquesta. Toda la habitación estaba plagada de flores y adornos carísimos, que hacían juego con la decoración navideña de las mesas.

Un ejército de camareros, elegantemente vestidos, servían copas de champán a los comensales que empezaban a llegar con sus mejores galas, mientras estos se iban acercando a los grupos ya formados donde eran saludados con cortesía.

Maggie no pudo remediar poner los ojos como platos al verlo y desear ser una de esas elegantes mujeres que sonreían complacidas ante los piropos de sus acompañantes.

Sabía que ella nunca podría asistir a un evento similar, no solo por su falta de contactos para entrar en ese club tan selecto, sino porque se sentiría como un pez fuera del agua. Se dijo que para una chica como ella lo más sensato era verlo desde el otro lado del cristal, donde las luces no dañan con su brillo y ella podía permanecer entre las sombras.

Un pensamiento que en nada se parecía al que estaba teniendo Michael. Al verla tan ensimismada con todo lo que ocurría tras los ventanales, le entraron ganas de olvidar su cena con Katherine y acudir a ella con Maggie.

Ellos tenían pensado asistir a una velada parecida a la que estaban observando, y no le apetecía tener que mezclarse con personas que solo sabían hablar de sí mismos, y de lo maravillosa que era su vida privilegiada.

Sé imaginó acudiendo del brazo de Maggie eclipsando a todos y mostrándoles como cualquier persona puede ser elegante con un poco de dinero, pero solo unas pocas tenían la elegancia que se cultiva desde la cuna y

nada tiene que ver con tu posición social.

—¿Qué queréis que os diga?! Yo prefiero mi jersey navideño y mis zapatos ortopédicos antes que esos vestiditos —soltó la abuela mientras se mantenía pegada a la ventana para no perderse detalle.

Michael y Maggie sonrieron por su ocurrencia y comprendieron porque pensaba así.

—Además es imposible ir tan estirada sin haberse metido un palo por el culo —comentó después consiguiendo que tanto Michael como Maggie se partieran de risa y tuvieran que retirarse de la ventana al ser el centro de las miradas.

—¡Abuela! —la regañó Maggie cuando consiguió contener la risa.

—¿Qué pasa? ¡Es la verdad!

—En eso tú abuela tiene toda la razón —comentó Michael preguntándose cómo podría aguantar toda la cena sin reír, cuando acudiera con Katherine y se acordara del comentario de Betty. Porque estaba seguro de que iba a acordarse.

—No la animes, que bastante bien se apaña ella solita —le recriminó Maggie consiguiendo que Michael volviera a reírse por la cara que esta puso.

—Vámonos niña, que aquí ya hemos visto todo lo que había por ver —y sin más la abuela se dio la vuelta y se alejó.

—¡Desde luego, tu abuela es una mujer única! —le dijo Michael aun sonriendo.

—Ella dice que rompieron el molde al hacerla —le contestó Maggie comenzando a caminar.

—Bueno, algo debió de quedar porque tú te pareces un poco a ella.

—Ojalá fuera cierto, pero sé que soy mucho más sosa.

—Para nada, te puedo asegurar que yo sé perfectamente cómo es un soso y tú no lo eres en absoluto. Y si no me crees pregúntaselo a mi madre.

—¿Eso te dice tú madre? —Preguntó incrédula— ¡Pero si no lo eres!

—Recuérdame que te la presente para que la convenzas de eso —le

contestó divertido.

—Trato hecho.

Y volvieron a quedarse en silencio pues ambos pensaban que sería difícil volver a verse después de su despedida.

—Me encanta esta canción —les gritó la abuela feliz sin importar que estuvieran cerca de ella.

Michael prestó atención a la canción que estaba tocando la orquesta y se dio cuenta de que era la popular *Stranger of the night* de Fran Sinatra.

Betty sin pensárselo dos veces cogió a Sasha en brazos y se puso a bailar frente al edificio, sin importarle si alguien la veía haciéndolo y se reía de ella.

Era evidente que no le importaba lo que los demás pensarán, pues para ella la vida era demasiado valiosa como para desaprovechar la oportunidad de hacer lo que deseas, por el simple hecho de preocuparte lo que piensen los demás.

Michael sintió envidia por la actitud de la mujer pues para ella no parecía haber obstáculos que se interpusieran en obtener lo que deseaba. Solo tenía que querer algo para, decidido, lanzarse a por ello.

—Por lo menos no se ha puesto a cantar a gritos —Comentó Maggie mientras miraba a su abuela con admiración y empezaba a balancearse al ritmo de la música.

Michael sonrió complacido al ver que no se había equivocado al decir que Maggie se parecía más de lo que ella creía a su abuela. Sin lugar a dudas con los años ella también empezaría a desprenderse de la vergüenza, la desconfianza, y el recelo que aún permanecían en ella, y acabaría bailando en el parque en una fría noche de invierno.

De pronto los celos se apoderaron de Michael al imaginarla bailando con otro hombre que no fuera él, sorprendiéndose de sentir algo tan fuerte y nuevo por ella.

Pero la verdad es que no podía negar que quería ser ese compañero que permanecía fiel a su lado durante años, volviéndole loco con sus peculiaridades y haciéndole reír a cada instante.

Se sintió perdido al desear estar con ella cuando apenas la conocía, aunque, para ser sinceros, parecía como si se trataran desde hacía años. Además era extraña la conexión que sintió desde nada más verla, y se preguntó si eso no sería una señal del destino.

Sin querer dejar pasar esta oportunidad única de disfrutar de algo extraordinario, la miró fijamente y le preguntó:

—Me concedería este baile señorita —y con toda la solemnidad que daba estar en medio del parque le ofreció su mano.

Maggie se quedó paralizada al escucharle y más cuando no vio un atisbo de broma en su rostro. Había deseado bailar con él desde que vio la orquesta, aunque tenía que reconocer que prefería hacerlo bajo la luz de las estrellas y rodeados por la niebla, antes que en la pista de baile junto a otras parejas.

Ahí afuera, entre el juego de luces y sombras que hacían las farolas, y la seguridad de que pocos ojos les observarían, se le antojaba una oportunidad única y maravillosa de acabar por todo lo alto esta aventura que jamás olvidaría.

—Será un placer caballero.

Y sin más, Michael pasó una mano por su cintura para acercarla a él sin dejar de mirarla, mientras estrechaba la otra mano con delicadeza para comenzar el baile.

Siguiendo el ritmo de la música empezaron a moverse lentamente en una coreografía perfecta, descubriendo que sus cuerpos se movían como uno solo, y estremeciéndose de excitación por el suave contacto de sus manos y la intensidad de sus miradas.

Todo desapareció de su mente y solo quedó un hombre y una mujer bailando bajo las estrellas, en un mundo donde no existía un mañana, ni una novia que lo esperaba, ni una despedida que cada vez estaba más cerca.

Solo fueron dos extraños que se habían encontrado en una noche fría, y cuyas miradas habían intercambiado preguntándose qué posibilidades tenían de compartir lo que sentían antes de que todo acabara.

—Ojalá te hubiera conocido unos años antes, cuando Katherine aún no había entrado en mi vida —le susurró con su rostro pegado al de Maggie.

—Ojalá lo hubieras echo —fue su respuesta.

—Maggie yo...

—No digas nada, por favor. No hagas que se estropeeé este momento. Seamos solo unos desconocidos que dentro de poco se despedirán para siempre, y dejemos todo lo vivido en un bonito recuerdo.

Maggie cerró los ojos para empaparse de la sensación de estar entre sus brazos, y de tenerlo tan cerca. No estaba segura de que era lo que sentía por aquel hombre, pero si sabía que le costaría olvidar las horas que pasó a su lado, y las sensaciones que le hacía sentir cuando lo tenía cerca.

—Está bien, no diré nada —dijo Michael deseando poder abrazarla con más fuerza.

Siguieron así durante unos minutos más sin saber si la canción aún seguía o ya había acabado. Estaban tan sumergidos en su propio mundo que todo lo demás carecía de importancia. Ni el frío, ni los minuterios, ni las pocas personas que los miraban sorprendidos, eran de su interés al cubrirles una magia que solo ellos sentían.

—Chicos no quiero ser una entrometida, pero si no nos vamos pronto Sasha se convertirá en un cubito de hielo, y nosotras llegaremos tarde al comedor social.

La inequívoca voz de Betty les sacó de su ensueño y los trajo a la realidad. Michael y Maggie se separaron para poder mirar a la abuela que sostenía entre sus brazos a una Sasha congelada que no paraba de tiritar.

—¡Sasha lo siento, no me he dado cuenta! —exclamó preocupada Maggie soltándose de Michael y acercándose a la perrita.

Michael sintió como sus brazos se quedaban vacíos y como su corazón se quejó por su pérdida. No sabía en qué clase de embrujo había caído por esa mujer, pero estaba convencido que era algo completamente diferente a lo que antes había sentido por nadie.

De pronto algo que había dicho Betty caló en su aturdida cabeza y recordó sus últimas palabras.

—¿Qué es eso del comedor social?

—Mi nieta y yo somos voluntarias en uno —dijo orgullosa— y esta noche participaremos en una gran cena de navidad, donde los voluntarios compartiremos la comida con las personas que se acerquen.

Michael miró a la abuela y después a Maggie y comprendió que era muy propio de ellas pasar la nochebuena celebrándolo de esa manera. Era la primera vez que conocía a unas personas tan altruistas, y no pudo evitar compararlas con su excéntrica novia Katherine. Una comparación de la que esta última salía muy mal parada.

—Déjame preguntarte una cosa —le pidió Michael a Maggie— Trabajas de voluntaria en la perrera y en el comedor social, por no decir que todos en el geriátrico te conocen como si fueras una más de ellos pero, ¿en que trabajas?

Maggie sonrió y quiso seguirle el juego.

—¿En qué crees tú qué trabajo?

Michael se cruzó de brazos y empezó a frotarse la barbilla haciendo como si lo estuviera meditando.

—Déjame pensar...

La abuela encantada con el juego que se traían esos dos se les quedó mirando y, queriendo posponer la despedida, se metió a Sasha en el abrigo para mantenerla calentita.

—Yo diría que enfermera. Aunque si no fueras tan pequeñita seguro que diría que bombero o policía —afirmó Michael tratando de parecer serio.

—¡Hey! ¡Yo no soy pequeñita! —farfullo Maggie.

—Caliente, caliente, pero aún no has acertado —soltó la abuela encantada.

—Que más tenemos... psicóloga, maestra, médico, ¡veterinaria! —afirmó.

—Casi lo has acertado. Trabajo en una escuela, más concretamente en la guardería —confesó Maggie sonriendo.

—Entonces acerté al decir maestra.

Maggie asintió y Michael se la quedó mirando maravillado por esa mujer que le sorprendía con cada detalle que conocía de ella.

Era como una caja de sorpresas que cuanto más descubrías de ella más querías saber.

—Sí, te pega mucho —le murmuró.

—Le encantan los niños —repuso Betty— sobre todo si son rubios, guapos y dentistas.

—¡Abuela! —la reprendió Maggie avergonzada.

Michael soltó una carcajada y no pudo evitar darle un beso a la abuela en la mejilla.

—Y a mí me encantan las ancianitas a las que les gusta vestir de rojo, cantar en los ascensores y dicen siempre lo que piensan —respondió Michael sonriéndola.

Betty se emocionó con sus palabras y dándole unas palmaditas en la mejilla apuntó:

—Eres un buen hombre Michael Foster.

Después se giró para acercarse a su nieta y le susurró al oído:

—Niña, si le dejas escapar es que eres tonta —y sin más comenzó a caminar de regreso al coche.

Michael había oído este último comentario y sabía que Maggie se sentía cohibida por ello, por lo que se hizo el distraído sin atreverse a mirarla.

—¿Nos vamos? —preguntó y él simplemente asintió.

Habían pasado muchas cosas desde que se habían encontrado ante las puertas de los grandes almacenes, y ahora tenían por delante el camino más difícil al acercarse el momento de la despedida.

Ninguno se atrevió a decir nada mientras caminaban siguiendo a la abuela, la cual no paraba de hablar con Sasha sobre la estúpida costumbre de los jóvenes de quedarse callados en los momentos más inoportunos.

No tardaron mucho en regresar al coche y en sentir un nudo en el estómago por lo que eso significaba.

—Me imagino que aquí nos despedimos —comentó Michael mirando a Maggie.

—Sí. —solo puedo decir ella.

—Entonces...

—Michael. —Le llamó mirándolo a los ojos—. Me alegro de haberte conocido.

Se notaba la tristeza en la cara de Maggie, y Michael tuvo que hacer un gran esfuerzo para no refugiarse entre sus brazos y decirle que volverían a verse. El problema es que no estaba seguro de que esto sucediera ya que él tenía una vida organizada donde Katherine tenía un papel importante, y no sabía cómo encajaría Maggie en todo esto.

Por una vez en su vida quiso ser impulsivo y arriesgarse a probar algo completamente diferente. Deseó poder escoger la opción más descabellada e insegura y tirarse al precipicio con los ojos cerrados. Pero a Michael le costaba abandonar su vida de seguridades, donde tenía planificado como sería su futuro y con quien lo viviría.

—Yo también me alegro Maggie. ¿Puedo pedirte un favor? —Le pidió sin atreverse a tocarla ni a marcharse.

—Claro —dijo esperanzada anhelando que le pidiera el número de teléfono, o que le diera alguna señal de que quería volver a verla.

—Nunca dejes de sonreír.

Fue entonces cuando Maggie sintió deseos de llorar al darse cuenta de que todo había acabado y solo le quedó asentir en silencio.

Con lo que ninguno de los dos contó, fue con que la paciencia de la abuela se le estaba acabando al verlos cometer un error tan grande. Así que suspiró pidiendo paciencia al cielo y optando por intervenir antes de que los muy idiotas se dijeran adiós de verdad.

—¡Me estoy orinando y no creo que aguante mucho más! ¡Michael!
¿Puedo usar tú baño?

Y sin más la aventura volvió a coger vida y la despedida de nuevo quedó atrás.

Con una simple frase Betty había conseguido alargar su encuentro con una excusa perfecta, pues Michael no podía negarse a acudir en su ayuda. Por lo que no les quedaron más remedio que acompañar a Michael a su piso donde alguna que otra sorpresa aún les aguardaba

CAPÍTULO 7

Decir que sus invitadas se habían quedado sin habla al entrar en su piso era quedarse corto. Ambas mujeres habían subido con él en silencio, excepto cuando las puertas del ascensor se cerraron y Betty empezó a cantar su like a virgin. Aunque en esta ocasión las carcajadas quedaron en sonrisas, al no pillarle a Michael por sorpresa.

—No tardaremos mucho —señaló Maggie azorada en cuanto entraron en el piso y echaron una rápida mirada al espacioso salón.

—Dilo por ti niña, yo necesito mi tiempo —soltó Betty mientras se acercaba a los muebles para tocarlos.

Michael sonrió complacido al ver sus ojos como platos, sintiéndose orgulloso de mostrar el piso que había conseguido con su trabajo.

—Podéis tardar el tiempo que necesitéis.

Maggie se acercó y disimuladamente le susurró:

—Esa afirmación es muy peligrosa tratándose de mi abuela.

—No creo que sea para tanto —también susurró un sonriente Michael.

—¡Niño! ¿Cuántas habitaciones tiene este pisito? —le preguntó la abuela mientras cogía una pequeña estatua de porcelana y la revisaba.

—¡Lo ves! —Exclamó Maggie guiñándole un ojo y dirigiéndose hacia donde estaba la anciana para regañarla— Es de mala educación toquetear las cosas ajenas.

—Pues bien que le dejabas toquetear tus cosas ajenas hace un momento —objeto Betty con una maliciosa sonrisa en sus labios.

—Abuela él no me ha... —indignada y acalorada por la vergüenza cayó en seco, pues no quería seguirle el juego. Enfadada le quitó la estatua de entre sus manos y la devolvió a su sitio— Y ahora derecha al baño.

Betty se apartó farfullando incoherencias sobre la manía de su nieta de meterse en todo, y se encaminó hacia donde le señalaba un Michael divertido

que las observaba en silencio.

—¡Lo siento! —se disculpó Maggie.

—Tranquila, mi madre es peor cuando viene a verme.

—¿Peor? —le preguntó incrédula.

—Ella también revisa mis cajones y la nevera —confesó tratando de poner cara de pena.

Maggie le sonrió encantada de que volviera la conexión entre ellos, y divertida se puso de puntillas como para decirle un secreto a su oído.

—Es que Betty aún no ha tenido tiempo.

Michael se quedó clavado en su sitio al sentirla tan cerca, y estuvo a punto de cogerla por la nuca, agarrarla del pelo y perderse en su boca en un beso que los dejaría exhaustos. Pero tuvo que contenerse las ganas y conformarse con la sonrisa que Maggie le dedicó dejándolo hecho polvo.

Cuando Maggie dejó el salón perdiéndose por el pasillo esta tuvo que pararse y apoyarse en la pared para serenarse. Había sido una idea pésima acercarse tanto a él, pues lo único que había conseguido era hacer que sus pulsaciones se triplicasen, la respiración se alterase, y las piernas se convirtieran en pura gelatina.

No había pensado que en tan poco tiempo las sensaciones se acentuaran tanto, y lo que al principio solo fue un hormigueo, ahora se había convertido en toda una colonia de hormigas, avispas y mariposas, que revoloteaban por su estómago causándole estragos por el cuerpo.

Solo el ruido de cajones abriéndose y cerrándose la devolvieron a la realidad, pues estaba segura de que la abuela estaba haciendo una de las suyas en el baño. Sin poder perder más tiempo se recompuso y al entrar en él descubrió a Betty husmeando entre los armaritos del lavabo.

—¿Abuela que estás haciendo? —la regañó y cerró la puerta tras de ella para que Michael no las descubriera.

—¡Huele esto! —un segundo después bajo las narices de Maggie tenía un caro frasco de colonia de hombre.

Maggie se quedó como hipnotizada por el olor, ya que era el mismo que

llevaba oliendo desde que conoció a Michael. Queriendo disfrutar de él un poco más lo sostuvo entre sus manos, y durante unos segundos se evadió de cualquier cosa que no fuera ese aroma.

Solo el ruido estridente de algo al caerse al suelo la hizo reaccionar de nuevo, y se reprendió por ser tan simple y quedarse traspuesta con cualquier cosa que le perteneciera a él.

—Abuela ten más cuidado o nos va a pillar.

—Tranquila niña, no creo que se atreva a entrar sabiendo que estoy aquí. ¡Ahora si estuvieras tú sola! —le insinuó mientras le alzaba una ceja.

—Eso no va a pasar porque tiene novia —dijo un poco decaída mientras dejaba el frasco de colonia.

—Seguro que no es nada serio.

—Creo que lleva varios años saliendo con ella.

—Eso no quiere decir nada —le dijo mientras abría otro cajón e inmediatamente Maggie se lo cerraba— Ningún hombre enamorado de una mujer miraría a otra como ese joven te mira a ti.

Maggie se quedó pensativa, pues las palabras de su abuela tenían su lógica, y esta aprovechó ese tiempo para volver a abrir otro cajón.

Aunque la estrategia no le sirvió de mucho, pues Maggie enseguida se dio cuenta y lo cerró con más fuerza de la debida, causando un ruido que cualquiera en la casa escucharía sin problemas.

—¡Shhhh! —susurró Maggie.

—¡Pero si has sido tú! —repuso disgustada la abuela.

—¿Quieres terminar de una vez? —la regañó mientras trataba de no alzar la voz.

—Entonces déjame sola para que me concentre —susurró también Betty frunciendo el ceño.

—Lo que quieres es quedarte sola para seguir cotilleando —señaló con un tono recriminatorio.

—¡Pero si ya he cotilleado todo! ¡Cómo no me vaya a la habitación! —

esto último lo dijo con un brillo tan travieso en los ojos que Maggie temió que lo dijera en serio.

—¡Ni se te ocurra! —la amenazó con el dedo índice.

—Entonces déjame hacer mis cosas solita —declaró categórica mientras se cruzaba de brazos.

—¡Oh vamos! ¿Acaso crees que me chupo un dedo? —Durante unos instantes las dos mantuvieron un duelo frente a frente, con el ceño fruncido, y los brazos cruzados sobre el pecho— ¡Abuela, no me hagas enfadar! —Soltó cuando vio que ninguna pensaba rendirse y se pasarían la noche retándose en el baño.

—¡Entonces déjame sola! —volvió a exigir sin moverse ni un centímetro.

Cada vez con menos paciencia optó por cambiar de estrategia y le dijo con tono burlón.

—¿A caso crees que no sé lo que tienes debajo de esa falda? ¡Todas las mujeres lo tenemos!

—Pero es que yo ya no lo tengo donde debería estar. Ahora se mueve por propia voluntad —lo dijo tan seria y convencida, que Maggie estuvo a punto de reírse.

Conociendo a su abuela como lo hacía se dio por vencida, y elevó los brazos al cielo como pidiendo paciencia.

—¡Esta bien, pero date prisa y sobre todo! ¡No toques nada!

No muy convencida se dio la vuelta y salió del baño cerrando la puerta tras ella. No tardó ni dos segundos en escuchar abrir las puertas de uno de los armarios, y no pudo evitar sonreír por la terquedad de esa adorable anciana que la volvía loca y a la que amaba por encima de todo.

—¡Abuela!

—¡Estoy buscando papel! —soltó en un tono de disgusto que le recordó al de un niño pequeño.

Dejándola por imposible se alejó por el pasillo en dirección al salón.

Pero no estaba preparada para lo que sus ojos vieron y solo pudo

reaccionar parándose de golpe en medio de la puerta. Un acto que no resultó muy discreto.

Menos mal que Michael y la mujer que estaba con él no se dieron cuenta de su presencia, al estar ensimismados en una conversación que parecía íntima. Un hecho que no agradó a Maggie aunque sabía que no tenía ningún derecho a sentirse celosa.

Lo más seguro era que esa alta, esbelta y curvilínea mujer fuera la famosa Katherine, que había venido para recoger a Michael para llevárselo a la cena. Algo que la enfado aún más.

La mujer parecía que estaba en celo acariciando el pecho de Michael como si fuera una cualquiera, mientras este la observaba hablar con las manos metidas en los bolsillos de sus pantalones y una actitud que parecía relajada.

Maggie agradeció que Michael no estuviera devolviendo el coqueteo de esa tal Katherine, porque no estaba muy segura de como se lo habría tomado.

Sabía que era una estúpida por pensar de esta manera, pues era ella la intrusa que había pasado unas cuantas horas lanzándole miraditas tiernas al novio de otra. Además tenía que reconocer que al lado de esa belleza ella no tenía nada que hacer, pues sabía que su encanto radicaba en su simpatía y no en su cara.

Se sintió como una extraña que estaba de más y que debería haber sabido retirarse a tiempo. Michael le había avisado que tenía novia y que esa noche la pasarían juntos, pero ella se había comportado como una ingenua al no querer recordarlo y creer que él lo pasaría por alto.

Un error que esperaba rectificar retrocediendo, para después, cuando se sintiera más preparada, despedirse de él para siempre y poner fin a esa aventura que ya había durado suficiente.

CAPÍTULO 8

Michael se había llevado una sorpresa cuando Katherine llamó a la puerta hacia pocos minutos. Se había olvidado por completo de su cita y no supo que hacer o decir para deshacerse de ella. Al fin y al cabo era su novia y habían quedado en que ella le recogería a esas horas para irse a cenar juntos.

No podía quitarse de la cabeza que Maggie estaba en su casa, y le hubiera gustado tener más tiempo para enseñársela. Sin darse cuenta su mente empezó a divagar sin prestar atención a la charla de Katherine, que no paraba de parlotear, pues en su pensamiento solo estaba Maggie sentada en su salón, riendo con él mientras comentaban las pequeñas cosas que les habían ocurrido a lo largo del día.

Una escena que se le antojó idílica y que anheló que fuera real y no solo un producto de su imaginación.

Un movimiento al fondo del salón le hizo volver a la realidad y pudo ver a Maggie retrocediendo tratando de no hacer ruido para dejarles solo. No estaba seguro del motivo pero no le gustó que fuera ella la que se alejara, teniéndose que esconder como si fuera una ladrona sin derecho para estar ahí.

—¡Maggie! —la llamó sin saber que podía ocurrir después de dar a conocer su presencia.

Michael se apartó de Katherine unos pasos para acercarse a Maggie, más bien debido a un acto instintivo y no por cortesía. Katherine se volvió enseguida con el ceño fruncido y Maggie se quedó paralizada en mitad de su giro para alejarse.

—¡Ah, hola! ¡No quería interrumpir! —respondió avergonzada al saber que la habían descubierto.

—¡Tú no interrumpes! —le dijo él alzando la mano en un gesto que le indicaba claramente que se aproximara— Ven acércate, quiero presentarte a Katherine.

Katherine tenía el ceño cada vez más fruncido mientras no le quitaba la

vista de encima a Maggie, la cual se encontraba ante la situación más incómoda que había vivido en su vida.

Sin poder salir corriendo, que era lo que de verdad deseaba, Maggie se acercó unos pasos hasta quedar cerca de ellos sintiéndose incómoda y desdeñada.

—Katherine te presento a Maggie Dreams, es una buena amiga que me ha estado ayudando esta tarde —le indicó mostrando una sonrisa que trataba de esconder el desagrado que también sentía.

Katherine ni siquiera se movió ni hizo algún movimiento para acercarse a Maggie para presentarse, por lo que Maggie se quedó sin saber si acercarse a ella o mantenerse en su sitio.

Cuando Katherine abrió la boca para hablar con tono áspero, Maggie supo que no era de su agrado y que, si fuera por ella, la echaría en el acto del piso, por lo que optó por quedarse quieta y callada. Al fin y al cabo no quería empeorar la situación.

—¿Una amiga? ¿Y desde cuándo sois amigos? ¡Porque no recuerdo haberte oído hablar de ella!

—Nos conocemos desde hace poco ¿Verdad Maggie? —declaró Michael mientras la miraba sonriendo y le guiñaba un ojo.

—Así es —dijo devolviéndole la sonrisa crispando a Katherine al verlo.

Michael se había colocado entre ellas como tratando de defenderla del ataque que vendría de Katherine. Conocía a esa mujer desde hacía tiempo y sabía que podía ser muy agresiva y mal educada cuando las cosas no salían como ella quería.

—¡Ya! ¿Y se puede saber en qué te ha estado ayudando durante toda la tarde? —la cólera que empezó a aparecer en su cara no vaticinaba nada bueno.

Michael se le quedó mirando por un momento preguntándose cómo pudo fijarse en una mujer así, y como pudo aguantar sus berrinches y órdenes desde hacía dos años.

—No hace falta que lo preguntes con ese tono de voz. Maggie solo me ha

estado ayudando con el coche —señaló Michael al estar cansándose de la actitud de su novia.

—¿Quieres hacerme creer que ella es mecánico? —repuso sarcástica y cruzándose de brazos— ¿Es que acaso crees que soy idiota?

—Yo solo le he llevado en coche hasta... —intentó hablar Maggie.

—¡Y tú cállate! ¿O es que crees que no conozco a las de tu clase?

—No te voy a permitir que la insultes en mi propia casa —señaló Michael indignado.

Maggie se había quedado con la boca abierta ante esta situación tan desagradable. Le hubiera gustado decirle cuatro cosas a esa mujer que se creía con derecho a insultarla por ser la novia de Michael, pero optó por contenerse para no dar un espectáculo tan lamentable como lo estaba dando ella.

—¿Vas a defenderla delante de mí?

Katherine sentía tanta rabia que estaba colorada y exaltada. Deseaba con todas sus ganas echar a esa mujer del piso para alejarla de Michael, pues se había dado cuenta de la forma en que este la miraba. No estaba segura si entre ellos había pasado algo más que simples miradas, pero sabía lo que eso significaba y no podía permitirse perder a un hombre tan manejable y complaciente como él.

—Esa mujer no tiene nada que hacer en esta casa —afirmó tajante.

—Esa mujer es mi invitada y se va a quedar hasta que yo lo diga —rebatía Michael mirándola con enfado.

—Soy tú novia y te ordeno que la eches si no quieres que lo haga yo —le retó mientras le miraba fijamente.

—¿Te atreves a darme ordenes en mi propia casa?! —le preguntó empezando a entrar en cólera.

Era la primera vez que Michael se enfrentaba a ella y no estaba dispuesta a dar su brazo a torcer. Ella era una mujer orgullosa a la que le gustaba dar órdenes y que estas fueran obedecidas en el acto, por lo que se extrañó que Michael dejara de ser su pelele por culpa de esa mojígata.

Aunque tenía que reconocer que también le dolía que prefiriera a una don nadie que no le llagaba ni a la suela de los zapatos antes que a ella. Por no mencionar que en cuanto se enteraran sus amigas se reirían de ella a sus espaldas.

—Por favor Michael —dijo Maggie con voz conciliadora mientras le tocaba el brazo—, no quiero que discutáis por mí.

Ver la mano de esa mujer en el brazo de su novio y darse cuenta como con ese simple gesto conseguía calmarlo la enfureció, resultándole imposible contenerse.

—¡Fuera de aquí! —Gritó como poseída consiguiendo que Michael en un acto reflejo se interpusiera entre ellas— ¡No voy a consentir que una puta me robe a mi novio delante de mis narices!

—¡Aquí la única pelantrusca eres tú! —le gritó la abuela que se acercaba a ellos con la actitud de un toro frente a un capote rojo.

Katherine no se esperaba ver aparecer por el pasillo a una anciana vestida de forma hortera, y menos aún que la insultara delante de todo el mundo. Durante unos segundos se quedó sin saber qué hacer o decir, como les ocurrió a los demás espectadores.

—¡Como te atrevas a ponerle un dedo encima a mi nieta te lo arrancó de cuajo.

Por suerte Maggie pudo sujetarla del brazo cuando pasó por su lado, pues de lo contrario la tal Katherine hubiera salido mal parada.

—¿Vas a permitir que me amenace? —le preguntó a Michael rabiosa mientras este observaba la situación con la boca abierta.

—Defiéndete tu solita o es que tienes miedo de meterte con una anciana —le dijo señalándola mientras intentaba soltarse del agarre de su nieta para darle su merecido a esa maleducada.

—¡Esto es increíble! No pienso tolerar esta situación por más tiempo, o las hechas tú de aquí o lo hago yo.

—¡Ponme la mano encima y te la arranco de un mordisco —siguió diciéndole Betty.

—Abuela por favor cálmate. Te va a dar un infarto.

—¡Michael te exijo que las eches!

—Esta es la casa del novio de mi nieta y no nos vamos a ir de aquí — soltó categórica la abuela consiguiendo ponerse entre ellos tres y Katherine.

—¡Yo soy la novia de Michael! —grito desesperada Katherine pero sin ser tan estúpida de acercarse a la anciana que debía de estar rabiosa.

—¡La novia es mi nieta! ¡Tú lo que eres es una fulana!

—¡Abuela por favor!

—¡Michael! —Gritó a pleno pulmón— ¿Es que no vas a defenderme?

—¡Déjale en paz y defiéndete tu solita, guapa!

—¡Michael! —Volvió a gritarle— ¡Como no hagas algo ahora mismo te juro que las echo a patadas!

—¡Oye! ¡A mi abuela tú no le pones un dedo encima! —Afirmó cansada de escucharla y de tratar de calmar a todo el mundo sin que nadie le hiciera caso.

—¡Michael!

—¡Y como no te vayas ahora mismo, voy a ser yo la que te eche a patadas! —el tono en la voz de Maggie aseguraba que no estaba mintiendo.

—¡Así se hace niña!

—¡No pienso quedarme aquí parada mientras soy insultada por dos... — tuvo que callarse al ver como las dos mujeres la miraban— Michael, si no haces nada inmediatamente hemos terminado.

Tres pares de ojos se volvieron para mirar a Michael, el cual se había quedado quieto y callado mientras se desataba el infierno en su piso. Él estaba observándolas sin mover ni un músculo y daba la sensación de que se había quedado catatónico. No había ninguna expresión en su cara, ni parecía que fuera a moverse o a pronunciar palabra.

—Michael, es tu última oportunidad —insistió Katherine mientras Maggie y Betty los miraban como si estuvieran en un partido de tenis.

Durante unos segundos nadie hizo o dijo nada, por lo que a todas les

quedó claro que Michael no iba a hacer lo que su, hasta ahora, novia le ordenaba. Hasta que por primera vez hablo:

—Katherine —la llamó con voz calmada—, será mejor que te marches.

Indignada y dándose cuenta de que ya no tenía el control sobre Michael se acercó a este, y con todo su odio le dio un fuerte bofetón en la cara. Después, resignada, se recolocó bien la cadena de su bolsito en el hombro, cerro su abrigo de pieles con un gesto brusco, y se dispuso a hacer su salida triunfal. Aunque como era de prever, quiso ser ella la que dijera la última palabra.

—Está bien, quédate con ella, pero no pienso volver contigo cuando me vengas a suplicar que regrese.

—¡No te preocupes que no lo hará! Estando con mi nieta ni se acordará de ti, ¡Guapa! —esto último se lo dijo Betty con recochineo.

Cabreada como no lo había estado desde hacía años miró a Michael por última vez, para asegurarse que este no impedía que se marchara. La cara de él tenía una mejilla colorada y ni siquiera la estaba mirando, ya que toda su concentración estaba fija en Maggie. Sabiéndose vencida se giró para salir por la puerta con paso orgulloso.

Cuando ya estaba a punto de irse Maggie se le acercó unos pasos y le dijo:

—Y haz el favor de no asesinar a más animales para adueñarte de sus pieles.

—¡Bien dicho niña! —soltó la abuela muerta de risa.

Enfurrñada Katherine se marchó del piso dando un portazo y se alejó con el repiquetear de sus zapatos sonando de fondo.

Fue entonces cuando ambas mujeres se volvieron para mirar a Michael que no se había movido para detener a su novia. Pero lo que se encontraron fue algo que no se esperaron para nada, pues justo en ese momento Michael no pudo contenerse por más tiempo, y soltó la mayor carcajada de la noche.

Ellas se quedaron mirándolo incrédulas pues no se esperaban esa reacción de él. Se habían imaginado que se mostraría contrariado o enfadado, pero jamás que empezara a reírse.

Michael apenas podía mantenerse en pie de la risa y tuvo que sentarse en

el brazo de uno de los sillones para no caerse. Desde que vio aparecer a la abuela como un toro se estaba conteniendo, pero la salida de Katherine tan orgullosa fue la puntilla que lo hizo estallar.

Se sentía pletórico de felicidad y con la sensación de que se había quitado un peso de encima. No entendía como había aguantado tanto con una mujer como ella, y por qué no le había parado los pies antes. Y la respuesta solo podía ser Maggie.

Ella le había enseñado lo que era ser uno mismo y poder decidir lo que más deseabas hacer. Es lo que había estado haciendo desde que la había conocido y sentía que ser el mismo le sentaba bien, por lo que decidió que no permitiría que todo aquello quedara reducido a una simple noche.

Ajena a estos pensamientos Betty y Maggie estaban observándole sin saber qué hacer o decir, creyendo que su actitud se debía a una especie de ataque de nervios.

—¡Pobrecillo! Esa bofetada le ha tenido que trastornar—dijo la abuela a Maggie.

—Michael, ¿estás bien? —le preguntó preocupada Maggie.

Se le había acercado despacio para darle su apoyo y se había parado frente a él sin saber si debía tocarle o no.

—¡Estoy mejor que nunca! —afirmó mirándola a la cara y cogiéndola de la mano.

Maggie sonrió al ver que no estaba atravesando ningún trauma post ruptura y que tan solo se trataba de una carcajada sin importancia.

—Es que cada vez que recuerdo su cara al ver a la abuela... —no pudo seguir hablando ya que le volvió a dar la risa y no pudo contenerse, Aunque en esta ocasión le acompañó también Maggie.

—¡Bueno! Ya que todo está en orden, regreso al baño para terminar de hacer mis cosillas.

—¿Pero abuela aun no has orinado? —la recriminó divertida Maggie ya que le encantaba meterse con ella.

—¡Pero si no me dejáis! —repuso malhumorada, y sin más, se marchó

farfullando sobre que ya era muy mayor para enfrentarse a fulanas remilgadas que no sabían mantenerla boca cerrada.

—Tú abuela es única —le dijo Michael mientras la veía alejarse.

—Lo sé, y estaría perdida sin ella —y mirándole a los ojos continuó diciéndole—: Aunque te puedo asegurar que mi vida sería mucho más sencilla.

—Y más aburrida —indicó Michael mientras se quedaba mirándola ensimismado.

Durante unos segundos ambos se quedaron callados hasta que Maggie apartó su mirada y la bajó hasta quedarse contemplando sus manos unidas.

—Michael, lamento lo que acaba de pasar. Estoy segura de que mañana las cosas se habrán calmado y podrás volver con ella.

—No quiero volver con ella.

—Pero lleváis dos años juntos. Seguro que ella comprenderá...

Michael se puso de pie quedando muy cerca de Maggie.

—No quiero volver con ella —volvió a repetir consiguiendo que las pulsaciones de Maggie se dispararan por sus palabras y por sentirlo tan cerca — De echo quiero darte las gracias por abrirme los ojos y hacerme ver que no era feliz con mi vida. Tú me has mostrado un mundo donde las cosas sencillas y cotidianas te pueden hacer sonreír, siempre que las hagas desde el corazón.

—No creo que haya sido yo Michael. Creo que era algo que tenías guardado y por algún motivo has abierto los ojos y has visto que hay más cosas a tu alrededor.

—Y ese motivo eres tú, y por eso te estoy agradecido.

Le dijo mirándola fijamente y consiguiendo que ella quedara tan prendada de él, como él lo estaba de ella. Michael sintió un fuerte deseo de besarla, pero este no le pareció el mejor momento para ello, cuando su abuela podía aparecer en cualquier instante y cuando él acababa de romper con Katherine.

—Me muero de ganas por besarte, pero quiero que nuestro primer beso sea especial. Quiero besarte cuando todos mis instintos me lo griten y cada

poro de mi piel anhele poseerte. Cuando no pueda resistirme a tu mirada y mi corazón se paralice con tu roce. Entonces pequeña, ni nada ni nadie me impedirán que pruebe tu boca hasta saciarme.

Como única respuesta Maggie solo pudo ofrecerle un gemido.

Teniendo que contenerse y haciendo acopio de todas sus fuerzas, Michael se separó de ella temblando por la resistencia que ponía su cuerpo ante la idea de separarse.

—Será mejor que vaya a ver cuánto le queda a mi abuela —dijo apenas sin voz y con la necesidad de alejarse de él para no tirarse a sus brazos y perderse en ese beso que ambos deseaban.

—De acuerdo.

Con piernas temblorosas Maggie se giró y se dispuso a ir al baño a meter la cabeza debajo del grifo de agua fría para tratar de serenarse. Nunca en su vida había sentido tanta necesidad de un beso, y sobre todo de ser acariciada por alguien. Las sensaciones que sentía cuando estaba con Michael estaba creciendo a pasos agigantados y se temía que si no se alejaba de él acabaría cediendo al deseo y suplicándole que la hiciera suya.

—¡Maggie! —la llamó— ¿Puedo pedirte un favor?

—¡Claro! —exclamó tras volverse para mirarlo.

—Me he quedado sin plan para esta noche —soltó sonriendo— ¿Te importaría que os acompañara al comedor social?

La cara de Maggie se iluminó con una sonrisa radiante y acercándose a él no pudo contenerse y lo abrazó.

—¡Es una idea maravillosa!

Michael la agarró con fuerza con el deseo de no soltarla nunca.

—¿No le importará a la abuela, verdad? —quiso saber aunque en realidad ya sabía la respuesta.

—¡¿Bromeas?! —se separó ella para mirarle—. lo extraño sería que no te arrastrara con nosotras. Y más si se entera de que te vas a quedar solo.

Por algún insólito motivo Michael se dio cuenta al escuchar esas últimas

palabras, que durante años se había sentido solo sin saberlo, ya que él se esforzaba por mantener a la gente apartada de él y simplemente se dejaba llevar por personas que ni siquiera le importaban. Se dio cuenta de que la soledad le había hecho ser un hombre serio y sistemático que se negaba a experimentar cosas nuevas por temor a necesitar algo que estuviera fuera de su alcance.

Pero ahora sentía que nunca más estaría solo pues ese duendecillo que había encontrado en navidad, le había descubierto un mundo completamente nuevo que comienza dentro de él.

—Entonces voy a ponerme algo más cómodo y nos vamos —indicó sintiéndose liberado y muy esperanzado por su nuevo comienzo.

—Si es que consigo sacar a la abuela del baño —Le dijo ella divertida. Aunque la idea de no verlo con su elegante traje a medida no le atraía demasiado.

—Bueno, no creo que le quede muchos más cajones por revisar.

Con una sonrisa maliciosa le dio un beso en la mejilla y se marchó divertido hacia su dormitorio, dejando a una Maggie colorada de la vergüenza al saber que habían sido descubiertas. Pero sobre todo feliz porque la despedida aun no llegaba y por tener la seguridad de que Michael sentía algo por ella.

CAPÍTULO 9

Michael no estaba muy seguro de que clase de gente frecuentaba un comedor social. Solo tenía la referencia de lo que se veía en las películas y por eso llevaba la idea de encontrarse con viejos harapientos y mellados que callados comían su sopa en una esquina.

Pero lo que encontró fue algo que le impactó mucho más. Dentro del salón parroquial, que era donde ese día se celebraría al ser más amplio, se encontró con familias con hijos pequeños, ancianos que vivían solos y sus pensiones no les daba para comer dignamente, y un pequeño grupo de muchachos jóvenes que por sus dientes podridos indicaban que eran drogadictos.

Todos juntos formaban un grupo de personas muy dispares que solo tenían en común sus escasos recursos.

Nada más verlos aparecer por la puerta todos se acercaron encantados a saludarlos, y la primera impresión de Michael ante tanto desconocido fue quedarse paralizado.

—Tranquilo Michael, aquí estás entre amigos —le susurró Maggie al mismo tiempo que le sonreía para darle confianza.

—Lo sé —le contestó también en un susurro—. Es solo que no estoy acostumbrado a ser el centro de atención.

Maggie recordó cuando lo vio aparecer vestido con pantalones vaqueros y un ligero jersey blanco de punto, y supo con absoluta certeza que ninguna mujer dejaría pasar la oportunidad de acercarse a él o simplemente de echarle una miradita. No pensaba decírselo para no ponerlo más nervioso, por lo que se aseguró en tranquilizarlo buscando una excusa.

—Por eso no te preocupes, en cuanto te presentemos todos pasaran a estar atentos a la abuela —y se acercó para decirle un secreto al oído— Cada año monta un lio por cualquier cosa y consigue hacernos reír.

—¡Te creo!

Michael sonrió al imaginárselo y se sintió mucho más calmado, aunque no fueron las palabras de Maggie las que consiguieron serenarlo, sino su cercanía.

—Bueno Maggie, ¿no vas a presentarnos a este joven tan guapo? —preguntó una de las voluntarias. Una mujer mayor regordeta que sonreía con dulzura.

—¡Es su novio Michael! —soltó en seguida la abuela.

—¡Abuela es solo un amigo! —la rectificó en seguida, aunque por el silencio del salón se dio cuenta de que ya era demasiado tarde para acallar los rumores.

—¡Ya! ¡Como tú digas! —señaló Betty con escepticismo y una sonrisa maliciosa, dejando bien claro que no se creía ni una sola palabra.

El bochorno de Maggie fue en aumento cuando miró a Michael y este le sonreía cómplice con su abuela, por lo que supo que ese año ella sería el centro de todas las miradas y las burlas.

Después de eso Michael fue presentado con renovado entusiasmo y le asignaron un puesto preferente junto a Maggie.

—Mira el lado bueno —le dijo Michael divertido mientras se dirigían al almacén—, podría haber sido mucho peor. Por lo menos no me han pellizcado el trasero.

—Tú no conoces a la abuela como yo y te garantizo que esto no ha hecho nada más que empezar.

Michael se rio y le dio un ligero empujón con el hombro para conseguir que ella también sonriera. La respuesta de ella fue inmediata y además de ofrecerle su sonrisa, le dio un golpe en el brazo.

—¡He! ¡Me has hecho daño! —se quejó Michael parándose en seco y tocándose el brazo.

—¡Eres un blanducho! —repuso ella riéndose.

—¡Niños! ¿Qué hacéis ahí parados? —les preguntó la abuela tratando de parecer seria aunque estaba encantada de la compenetración que parecían mostrar.

—¡Ya vamos abuela!

—¡De eso nada jovencita! Mira hacia arriba —le dijo mostrando una sonrisa que hizo desconfiar a Maggie.

Tanto ella como Michael miraron hacia donde la abuela les indicaba con su dedo índice, y se encontraron con un pequeño ramillete de muérdago colgado del techo. Los dos se quedaron quietos observándolo, para después mirarse a los ojos esperando a ver la reacción del otro.

—¿Os vais a quedar ahí parados toda la noche? —les preguntó la abuela para que se apresuraran y dejaran de pensar en ello de una vez.

Michael fue el primero en moverse y despacio acercó sus labios a los de ella. Sabía que estaba siendo el centro de atención de todo el salón y por ello no se atrevió a darle un beso profundo aunque así lo deseara. Además todavía estaba esperando el lugar y el momento adecuado para ello, y este aún no había llegado.

Al unir sus labios una corriente eléctrica recorrió su cuerpo y sintió como su corazón empezaba a galopar desbocado. Le hubiera gustado degustar su sabor y llevársela a un lugar apartado para saborearla a su antojo, pero tuvo que contenerse y separar sus labios sin haber descubierto el secreto que escondía su boca.

Resignado suspiró cuando se vio obligado a separarse de ella y se la quedó mirando embobado al descubrir que permanecía quieta y con los ojos cerrados. Pero lo que lo dejó completamente desarmado fue que Maggie comenzara a recorrer sus labios con la lengua para tratar de captar el sabor de su beso.

Estuvo a punto de lanzarse sobre ella y exigirle que le saboreara a él por entero, aunque las risas que les rodearon impidieron que se dejara llevar por su arrebató. Maldijo la mala suerte de no encontrarse solos y se propuso que la próxima vez que tuviera la posibilidad de estar a solas con ella la besaría con toda la pasión que ahora se veía obligado a guardar.

—Será mejor que nos pongamos manos a la obra —indicó él con la voz ronca y como respuesta Maggie se le quedó mirando con los ojos como platos, roja como un tomate, y boqueando como un pez.

Durante unos segundos se quedó pensativo tratando de imaginar que había entendido y alzó ambas cejas cuando lo descubrió.

—Quiero decir que vayamos a ayudar —rectificó enseguida.

Maggie estaba a punto de caer desmayada al suelo, no solo por las consecuencias del beso de Michael, pues aún le hacía temblar, sino porque había creído que este la quería llevar a un apartado para terminar el beso como dios manda y seguir con lo que viniera.

—Claro —consiguió decir abochornada y algo decepcionada.

Por suerte no hubo más incidentes, aunque la abuela hizo todo lo que pudo por provocarlos, por lo que la cena prosiguió como venía siendo costumbre.

Michael y Maggie se encargaron de repartir las verduras y el pollo asado, mientras que la abuela y otra anciana amiga suya se ocuparon de repartir la sopa. Un plato que al parecer no podía faltar. Del postre se ocuparon otros dos voluntarios, y otros cuantos iban por el salón repartiendo más pan y agua a quien así lo necesitaba.

El sacerdote por el contrario permanecía al lado de la puerta dándoles la bienvenida a todo aquel que receloso se acercaba, mostrándoles donde colocarse para conseguir la comida.

Michael sintió que estaba en el sitio adecuado y en el momento justo, pues se dio cuenta de que prefería estar ahí repartiendo alimento a cambio de sonrisas, antes que estar en una elegante sala donde la mayoría de los saludos eran hipócritas y no sinceros como era el caso de estas personas.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Maggie.

—En que jamás habría imaginado que acabaría aquí la noche.

Maggie mal interpretó a Michael y pensó que este se arrepentía de estar en un sitio como ese en vez de con su gente en un club privado.

—Siento que las cosas hayan acabado así por nuestra culpa, quizás todavía estés a tiempo de llegar para...

—No me has entendido —le cortó él—. Me encanta estar aquí.

Ella se le quedó mirando sin conseguir entenderle. No era solo porque

Michael perteneciera a una clase social más privilegiada que la suya, sino porque para muchas personas estar ahí le suponía rebajarse demasiado, o era algo que ellos nunca harían.

—Verás, ahora estaría en un gran salón como el del casino, vestido de smoking, y del brazo de Katherine si no hubiera sido por Sasha —ella quiso agachar la cabeza avergonzada pero él se lo impidió colocándole un dedo en la barbilla para que lo mirara—. En cambio estoy en un sitio donde me siento útil y entre amigos, vestido cómodamente con vaqueros y junto a una mujer preciosa que me hace reír y sentirme...

Durante unos segundos se calló y la contempló, intentando descifrar qué era lo que ella le hacía sentir. Los ojos de Maggie no dejaban de observarlo curiosos por saber qué diría de ella, y no tuvo más remedio que decirle la verdad.

—Haces que me sienta yo mismo, y eso era algo que no lograba sentir desde hacía años.

Maggie le sonrió y le contestó:

—Me alegra saberlo.

Michael no quiso profundizar en sus sentimientos y contarle las mariposas que sentía en su estómago cada vez que la miraba o la tenía cerca. No se atrevió a confesarle los estragos que le causaba a su corazón, o los anhelos que le infringían sus miradas. Prefirió callarlo pues sabía que era demasiado pronto para hablar de ello, pues ni él mismo estaba seguro de lo que ella le hacía sentir.

Por eso cayó y siguió repartiendo comida hasta que todos estuvieron servidos y pudieron descansar. Fue entonces cuando los once voluntarios se sentaron en una mesa alargada y el padre Johnson, ocupando la cabecera, bendijo la mesa.

—Te damos gracias Señor por estos alimentos que hoy hemos compartido. Gracias por no permitir que tus hijos pasen hambre y por la generosidad de estas buenas personas que ayudan a sus hermanos. Pero sobre todo gracias por haber conducido a tu hijo Michael hacia nosotros, pues aunque se ha pasado la mayor parte del tiempo observando a Maggie, sé que su intención era estar atento a su trabajo. Amen.

Las risas por lo bajo que escuchó y descubrir que todos le miraban le hizo darse cuenta de que le estaba tomando el pelo, y pudo cerrar la boca, la cual había abierto al escuchar contrariado al padre, para finalmente sonreír.

—El padre Johnson siempre hace una oración especial por los nuevos — le comentó Maggie tratando de contener la risa.

—¡Ah! Pues gracias por avisarme —repuso él irónico.

Desde ese momento las risas, los comentarios y las anécdotas acompañaron la cena, la cual consistía en el mismo menú que ellos habían servido minutos antes.

Michael, como todos los demás, estaba muerto de hambre al haber pasado de largo la hora de la cena, pero ver las caras de felicidad que lo rodeaban hizo que la espera valiera la pena. Nunca una cena tan sencilla le supo tan sabrosa, ni una compañía tan dispar fue tan amena.

Viudas, solteros, matrimonios y un sacerdote eran sus acompañantes, y entre todos consiguieron que Michael se sintiera como en casa. Se alegró de haber tomado la decisión de haber cortado con Katherine y haber elegido acompañar a Maggie y su abuela.

—¡Gracias— le susurró a Maggie cuando la cena ya estuvo a punto de terminar.

—¿Por qué?

—Por hacer que abriera los ojos. La verdad es que no sé porque no me di cuenta antes de que la vida que llevaba no era la que yo quería.

—Tal vez te resultaba más sencillo dejar que otra persona decidiera por ti —le comentó Maggie y él se sintió complacido de que en tan poco tiempo ella le conociera tan bien.

Michael cogió la mano de Maggie, que estaba sobre la mesa, y se la apretó.

—Me alegro de haber decidido acompañarte. Hacía mucho que no pensaba por mí mismo y estoy contento de que una de mis primeras decisiones haya sido esta.

—¿Puedo preguntar cuál fue la primera? —dijo divertida y coqueta.

—Cerrar mi habitación con llave cuando vaya la abuela —le respondió guasón aunque su sonrisa murió y solo quedó una mirada que lo decía todo.

Maggie al principio sonrió la broma hasta que se percató del doble significado, pues el comentario de Michael implicaba que su abuela visitaría más veces su casa, y por consiguiente también ella. ¿Quería decir entonces qué seguirían viéndose?

La cara de felicidad no se borró de Maggie durante el resto de la noche, y menos aun cuando se pusieron a cantar villancicos y a reírse cuando la abuela se inventaba la letra y los confundía. Como era de esperar la velada se alargó un poco más de lo normal, pues nadie quería marcharse y perderse las risas que no cesaron de sonar durante varias horas.

Pero sobre todo fue una velada mágica para Maggie al tener a Michael a su lado sosteniéndole la mano, y al darse cuenta que él hacía todo lo posible por no alejarse de ella. Aunque hubo una cosa que echo de menos el resto de la noche, y tuvo que conformarse con mirarlo disimuladamente cuando creía que nadie la observaba. Y esto fue que no volvieron a quedarse bajo un ramillete de muérdago.

Michael no podía creer que hubiera pasado una noche tan extraordinaria en compañía de extraños. Estar con ellos había sido una experiencia que nunca olvidaría y que estaba deseando repetir. Pero sobre todo, había sido especial al estar al lado de una mujer como Maggie tan dispuesta a entregarse a los demás y dar todo por ellos.

Esa noche estaba resultando una de las mejores de su vida, y ya no le daba miedo que acabara porque sabía que no sería la última. Ahora comprendía que era libre para elegir por sí mismo su camino, y estaba seguro de que este incluiría a una pequeña duendecilla que le estaba alterando su vida y su corazón.

CAPÍTULO 10

Michael no podía creer que la noche estuviera llegando a su fin. Estaba contento por cómo estaban sucediendo las cosas y por notar el interés que Maggie mostraba por él. Sentía que por fin había encontrado algo importante que no debía menospreciar, y estaba decidido a no dejar pasar la oportunidad de saber más de ella.

Nunca había conocido a nadie como Maggie, con su carisma, su dulzura, su paciencia, y su sentido del humor, y estaba agradecido al destino por haberla puesto en su camino.

Y ahora, en el coche de vuelta a casa de Michael, con la abuela durmiendo en la parte trasera, sin acordarse de Madonna debido a las dos copitas de sidra de más, Michael y Maggie comentaban los momentos más divertidos de la noche tratando de no despertarla.

—¿Nunca habías cantado villancicos? —le preguntó divertida Maggie.

—Creo que de niño, pero desde luego nunca entre desconocidos y desafinando como un cosaco.

Ambos rieron al recordar como Maggie tuvo que taparle la boca con la mano cuando empezó a desafinar de tal manera que perdía a los demás. Si además lo uníamos a las letras inventadas de la abuela que cantaba a gritos, resultó ser toda una odisea terminar un solo villancico.

—Hay que mirar el lado bueno —comentó ella tratando de no reírse.

—¿Cuál? —quiso saber intrigado.

—Qué hiciste bien al ser dentista, porque como cantante te habrías muerto de hambre.

—¡Oye! ¡Estás hiriendo mi orgullo! —exclamó haciéndose el ofendido mientras ella se partía de risa.

La charla continuó un poco más hasta que Maggie tomó una dirección

diferente a la que debían dirigirse.

—Te has equivocado al girar, era todo recto —indicó él.

—Lo sé. Pero antes tengo que hacer una cosa.

Michael se la quedó mirando al ser una hora muy tardía y apenas haber actividad en la ciudad, pero decidió no decir nada ya que él tampoco tenía prisa porque le dejaran en su piso.

En él solo le estaba esperando una Sasha dormida sobre su cama, de la que se había apoderado nada más verla para disgusto de Michael, que ya se veía compartiéndola con ella el resto de la noche.

Siguieron unos minutos más, esta vez en silencio, mientras Michael intrigado intentaba averiguar hacia donde se dirigían. Cuando Maggie comenzó a aparcar al lado de una gran plaza en el centro de la ciudad, se imaginó que estaban haciendo allí pero no dijo nada.

—Será mejor que dejemos aquí a la abuela, además no creo que tardemos mucho —repuso Maggie.

Y así, solos en las calles del centro, a unas horas donde Morfeo se adueña del sueño, ellos comenzaron a caminar hacia el gran árbol de navidad que coronaba toda la plaza. Las luces seguían encendidas, seguramente porque se trataba de nochebuena, por lo que pudieron disfrutar sin estorbos de la magnífica visión del gran abeto.

—Me imagino que te preguntarás porque hemos parado aquí a estas horas —comentó mientras caminaba junto a Michael en dirección hacia el árbol que se encontraba a pocos metros.

—La verdad es que sí, aunque ya pocas cosas me sorprenden esta noche.

Maggie le sonrió débilmente y se preparó para contarle una parte de su vida muy importante y que solo gente cercana a ella conocía.

—Es una especie de tradición familiar. Mi padre me traía aquí de niña para poner un deseo en el árbol. Decía que solo así se conseguiría que se hicieran realidad, y que solo unos pocos lo sabíamos y debíamos mantenerla en secreto. Al parecer él de niño también lo hacía con su padre y quería pasar esa tradición a sus hijos.

Maggie calló por un momento al necesitar tomar aire, y sin atreverse a mirar a Michael, ya que le resultaba muy duro recordar esos días ya lejanos.

—No veníamos tan tarde ya que yo era pequeña —siguió recordando— lo hacíamos después de cenar para asegurarnos de que no nos viera nadie y así no descubrieran el secreto. Mis padres me traían y cada uno de nosotros colocaba su deseo. Hasta que mi padre murió y mi madre se negó a traerme.

Michael escuchaba en silencio la historia de Maggie notando el dolor en su voz y deseando consolarla. Era la primera vez que aparecía en su rostro la tristeza y no le gustaba verla de esa manera. Sentía como suyo su dolor, pues él también sabía lo que era perder a alguien, aunque él nunca hubiera perdido a un padre.

Queriendo consolarla, le cogió de la mano y se la apretó con fuerza para demostrarle que estaba a su lado.

—Mi padre era policía —le dijo mirándolo por fin.

—Debió ser un hombre excepcional.

—Sí. Lo quería muchísimo. Pero unas navidades murió en un tiroteo intentando impedir un robo. Fue la única navidad que no dejé mi deseo en el árbol y recuerdo que fue el peor año de mi vida.

Sin poder resistirse por más tiempo Michael la abrazó con fuerza, al sentirse incapaz de ver sus lágrimas surcando su rostro y no saber qué hacer para consolarla.

No sabía muy bien que decirle para calmar su pena, pero esperaba que su abrazo la reconfortara y la hiciera sentir que no estaba sola, que ahora estaba él a su lado para compartir su dolor.

Maggie lloró frente al gran árbol de navidad, abrazada a un hombre que sin apenas conocerla la estaba consolando como jamás nadie lo había hecho. Entre sus brazos se sentía a salvo de los recuerdos que le hacían entristecer, y que deseaba recordar sin sentirse tan desdichada.

Cuando se tranquilizó se separó un poco de él para poder mirarlo a la cara, y ver que él la contemplaba angustiado. Fue entonces cuando Maggie se dio cuenta que su dolor también le afectaba a él y trató de recomponerse para no estropear el final de su noche.

—¿Te sientes mejor? —le susurró Michael mientras con el índice le apartaba dulcemente una lágrima.

—Sí, gracias, hacía mucho que no lloraba —confesó esbozando una pequeña sonrisa que apenas le llegó a los ojos.

—¡Vaya! Eso es algo que un hombre no desea escuchar cuando está a solas con una mujer hermosa y la tiene entre sus brazos —intentó bromear consiguiendo que esta vez la sonrisa de Maggie sí subiera a sus ojos.

—Eso es porque esa mujer es un tanto especial —le siguió el juego.

—En eso te doy la razón.

Ambos se miraron embobados con sus sonrisas aun enmarcando sus labios, y la maravillosa sensación de encontrarse abrazados. No sabían muy bien si debían seguir adelante con el deseo que sentían de tocarse, porque desconocían lo que el otro sentía y no querían precipitarse.

—¿Me ayudas a colocar mi deseo en el árbol? —le susurró al querer compartir ese momento tan importante con él.

Michael se sintió feliz de que ella quisiera compartir algo tan personal, dándose cuenta de que para Maggie él era mucho más que un simple amigo.

—Será un placer Maggie —indicó él pronunciando su nombre como si fuera la cosa más dulce del universo.

Separándose se volvieron a coger de la mano y se acercaron al árbol hasta colocarse cerca de sus ramas. Después, Maggie sacó de su bolsillo un pequeño pergamino de papel liado y enrollado con un lazo rojo.

Michael se dio cuenta que debía llevarlo encima toda la tarde, y que su deseo debía de haberlo preparado con anticipación.

—¿Pensabas venir sola? —Le preguntó él.

Ella empezó a buscar un sitio al fondo de las ramas bajas del árbol para colgarlo y que no fuera visto por ojos curiosos.

—No, vengo con mi abuela. —Ensimismada en su tarea siguió hablando sin que esta vez las lágrimas acudieran a sus ojos—. Ella me trajo después de ese terrible año y desde entonces, cada navidad tras la cena, nos acercamos y colocamos el deseo.

Se quedó callada por un instante, como rememorando algo del pasado, algo que había estado guardado durante mucho tiempo en un lugar especial de su corazón.

—Mi madre no quiso volver, prefirió olvidar y empezar de cero. Pero yo no podía olvidar a mi padre, fue un hombre único que quiso a su familia por encima de todo, y además, sentía que se lo debía. Su sueño fue tener una gran familia que cada año viniera a depositar sus deseos en el árbol, y siento que está en mi mano conseguirlo por él.

Una vez que colocó el pergamino en el lugar que había elegido se volvió para mirar a Michael, y le cogió la mano al necesitar sentirle y que él la sintiera.

—¡Gracias por estar a mi lado! —susurró.

—Gracias a ti por compartirlo conmigo —contestó también en un susurro.

Ambos se quedaron mirándose absortos por lo que veían en el otro. Ella reflejaba necesidad, deseo y entrega, mientras que en él podría verse, pasión, urgencia, y la firme voluntad de hacerla suya.

—Maggie yo... deseo besarte —le dijo con voz ronca y sin poder apartar los ojos de sus labios.

—Yo también lo deseo.

Sin nada más que decir después de horas de anhelo, de darse cuenta de que la palabra amistad no representaba lo que ambos querían y deseaban. De saber que tenían una oportunidad de estar juntos. Después de todo ello, solo quedaban ellos frente a su deseo, y sin más razones para negar lo que sentían, solo quedó darse ese beso que llevaban esperando con impaciencia durante largas horas.

Michael se inclinó sobre ella mientras sus brazos la rodeaban acercándola a su cuerpo. Sus labios, demostrando tener vida propia se apoderaron de su boca exigiendo la entrega incondicional de ella. En un juego de sumisión y entrega sus lenguas se entrelazaron y se saborearon, descubriendo el verdadero sabor de la lujuria.

Sin poder resistirse ninguno de ellos se dejaron llevar entrecortando sus respiraciones, mientras se abrazaban como un par de amantes que han

descubierto el paraíso en los brazos del otro.

—Dios mío Maggie, llevo horas deseando besarte.

—Yo también lo deseaba pero no quería hacerme ilusiones.

Michael sonrió y la volvió a besar complacido al descubrir que ella también lo necesitaba. Fue justo en ese instante cuando decidió que no volvería a dejar pasar la oportunidad de vivir, como tampoco dejaría que nadie volviera a decir por él lo que quería.

Desde ese momento dispuso que le sacaría todo el jugo a la vida y disfrutaría de cada día como si este fuera un regalo. Pero sobre todo en su mente y en su corazón quedó muy claro, que no dejaría pasar la oportunidad de conocer a esa maravillosa mujer que le había hecho darse cuenta de lo que se estaba perdiendo.

Desde ahora conquistar a Maggie sería un desafío que no pensaba perder, pues no iba a dejar pasar la oportunidad de conocer mejor a un duendecillo que le había hecho descubrir lo que era volver a sentir con todo el corazón.

Cuando sus bocas se separaron y por fin pudieron volver a serenarse miraron al árbol, y contemplaron al pequeño pergamino que medio escondido guardaba el más profundo anhelo que deseaba Maggie.

—¿Y ahora que hay qué hacer? —preguntó él sin querer soltarla.

—Nada. Ahora solo hay que esperar a que se cumpla —indicó Maggie apoyando la cabeza en el hombro de él mientras seguía abrazándola.

—¿Y cómo lo sabrás?

Maggie se separó lo justo para mirarle a la cara, y risueña le contestó:

—Lo sabré.

Sin más por hacer o decir, Maggie le cogió de la mano sintiéndose feliz por haber encontrado a un hombre como Michael en un momento tan importante para ella. Había sido un auténtico milagro que Sasha se cruzara en su camino, y que el destino se empeñara en no separarles. Se volvió para mirar al árbol por última vez, y en un susurró tan ligero como el viento le dijo:

—¡Gracias papá!

Después, sabiendo que todo estaba cumplido, tiró de él para volver al coche.

—Será mejor que regresemos antes de que la abuela se canse de esperarnos.

—¡Pero si está dormida! —señaló contrariado.

—Michael. —dijo divertida—. Aun te queda mucho por aprender de mi abuela.

Ambos sonrieron mientras se alejaban del árbol sabiendo que guardarían el recuerdo de ese primer beso para siempre.

—Maggie. ¿Qué te parece si te llamo mañana para tomar algo? —le preguntó sin dejar de caminar.

—Me parece perfecto —contestó pletórica de felicidad.

—¿Maggie?

—¡Sí!

Encantado de tener la oportunidad de conocerla más de cerca y poder llegar a algo más serio, no pudo evitar mirarla de rabillo de ojo para preguntarle divertido:

—¿Puedes darme tu número de teléfono?

Ambos rieron a carcajadas y se volvieron a abrazar radiantes por haberse encontrado y compartir el deseo de estar juntos. Tras un largo beso que Michael se propuso repetir muy a menudo, volvieron a caminar hacia el coche cogidos de la mano y con una sonrisa que les era imposible evitar.

Pero había una cosa que Maggie todavía necesitaba hacer, pues era la única que conocía el deseo que estaba escrito, por ello volvió la cabeza para echarle una última miradita al árbol y susurró:

—¡Nunca fallas!

Y así, con su deseo de conocer a alguien especial concedido siguió su camino, de la mano de quien sería el hombre más importante de su vida. Un hombre que le enseñaría lo que era amar de verdad, sentir sin barreras y entregarse sin miedos. Un hombre que le demostraría lo que era la pasión y el

deseo, y que le haría entender que la felicidad no es algo pasajero que solo se refleja en una sonrisa, sino que es un sentimiento profundo que anida en el corazón de las personas que comparte las pequeñas cosas de la vida.

EPÍLOGO

Sobra decir que Michael y Maggie descubrieron juntos los secretos que guarda el amor, formando con los años una gran familia que cada veinticuatro de diciembre regresaba al árbol para esconder sus deseos.

Unos deseos se cumplieron, y otras veces simplemente quedaron olvidados entre las ramas de un árbol que poco a poco se marchitaba.

Pero como sé qué sentís curiosidad por saber qué sucedió al día siguiente con la madre de Michael, os contaré que ella y Sasha se hicieron inseparables, para disgusto de su padre, pues ahora el pobre hombre se vio obligado a compartir su cama con las dos.

Fue por eso que le hizo prometer a su hijo que desde ese momento solo le compraría los aburridos frasquitos de perfume, algo que alegró a Michael pues así podría centrarse en sorprender a su novia, la cual con los años se convertiría en su esposa.

Respecto a su madre quedó tan encantada con el cambio en su hijo y con su nuera, que poco le importaron los insípidos regalos.

Pero debo decir que no todo fue armonía y felicidad entre las dos familias. Por desgracia Betty y Rose eran demasiado parecidas y testarudas para llevarse bien, ya que solían competir por ganarse la atención de Maggie y Michael.

Solo durante los embarazos de Maggie consiguieron mantener la calma por el bien de futura madre y la cordura del futuro padre. Pero toda buena voluntad terminó cuando vieron por primera vez al nieto y ambas se pelearon por ser la primera en cogerlo.

—¿Crees que algún día conseguirán dejar de discutir? —le preguntó una mañana Michael a su esposa mientras estos estaban sentados en el sofá de su salón y le pasaba su brazo por los hombros para arrimarla a él.

Rose y Betty estaban justo detrás de ellos peleándose por su turno para pasear a su nieta recién nacida. Una preciosa niña a la que llamaron Pam y a

la que todos adoraban por ser el vivo retrato de su madre.

Pero Pam no era la única nieta de ambas abuelas. Hacía ya seis años que Maggie dio a luz a su primer hijo y al que pusieron por nombre Dani, el cual se encontraba en esos momentos en los brazos de su abuela Rose, mientras que Betty portaba en sus brazos a la segunda hija del matrimonio una niña llamada Silvi de cuatro años, que como su hermano mayor, era el vivo retrato de su padre.

—No lo creo, llevan ocho años peleándose por los niños —contestó divertida Maggie la cual ya había aprendido que era mejor mantenerse al margen de sus disputas.

Fue entonces cuando se escuchó el llanto de la recién nacida, y ambas abuelas acaloradas y cargando cada una de ellas con uno de sus nietos, salieron disparadas hacia el dormitorio luchando en el pasillo por llegar la primera y poder cogerla en brazos.

—Nena, creo que eso de tener hijos impares nos va a traer más de un problema. O sino acuérdate lo que pasó cuando nació Dani.

Ambos sonrieron al recordar esos primeros dos años hasta que Silvi nació y pareció que la cosa se calmaba. Hasta entonces ambas abuelas se peleaban con uñas y dientes por ser la primera en coger al bebe, y por comprarle el juguete más grande y ruidoso que encontraban.

—Por eso no tienes que preocuparte, estas navidades lo apunté en mi lista de deseos y se ha cumplido —señaló ella como si nada.

Michael se giró para mirarla con una radiante sonrisa en su cara y sin poder evitar preguntarle:

—¿Estás segura?

Devolviéndole la sonrisa le pasó los brazos por el cuello para acercarlo a ella y le susurró a su boca.

—Bueno, ya sabes que nunca suele fallar, y si no acuérdate de cómo te trajo hasta mí.

—En eso te doy toda la razón.

Sin más por decir y mucho por celebrar Michael se apoderó de su boca y

poco a poco fueron recostándose en el sofá hasta quedar él encima de ella y perdidos en su deseo.

Las abuelas nada más llegar hasta ellos y verlos tan entregados decidieron no interrumpirles, con el vil propósito de que tuvieran la suerte de darles otro nietecito.

—Pero el próximo me toca cogerlo la primera —murmuró bajito Rose.

—Eso lo discutiremos cuando sepamos si es niño o niña. Recuerda que a mí me toca las niñas.

—Pero eso no es justo. Tú cogiste a Silvi y Pam.

—¡Pues haber elegido cruz!

Se escuchó decir antes de que la puerta se cerrara y Michael y Maggie siguieran devorándose sin enterarse de nada.

Nota de la autora

Este libro fue creado con el propósito de divertir y enamorar a todas las lectoras que decidieron confiar en mí como escritora, y lo eligieron entre una gran variedad de títulos.

Al estructurar su argumento lo ambienté en la navidad, al ser esta una de mis fechas favoritas e ideal para una novela donde la magia juega un lugar importante.

También me gustaría dar las gracias a Alessa Translations por haber confiado en mi novela y por trabajar a mi lado en todo el proceso de traducción y edición.

Muchas gracias por confiar en mi criterio y por un trabajo tan maravilloso.

Debo confesaros que una de mis escritoras favoritas es mi hermana Anne Marie y os invito a que nos conozcáis a través de nuestro blog Las hermanas Warren.

En el podréis leer los primeros capítulos de nuestros libros, como también podréis saber sobre nuestros nuevos proyectos.

Pero lo más importante es que nos podremos conocer y hablar sobre cualquier detalle que queráis compartir conmigo.

<http://lashermanaswarren.blogspot.com.es/>